

Boletín de la

Biblioteca Nacional

1932

DIRECTOR: JULIO CESAR ESCOBAR

REDACTOR: JOSE GOMEZ CAMPOS

10. DE SEPTIEMBRE DE 1932.
NUMERO 4

SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A
Imprenta Nacional



LIBROS Y ESCRITORES

LA RUTA DEL SOCIALISMO EN ESPAÑA

• POR
GABRIEL MORON

Las tendencias socialistas en España son tradicionales. Ya en el año de 1868 circularon manifiestos entre los obreros, recomendando la fundación de cajas de ahorro, de sociedades de socorros mutuos y cooperativas de producción. Se establecieron por aquellos tiempos muchas federaciones obreras, dependientes de la Internacional, centro principal del socialismo español. A pesar de las persecuciones del capitalismo, no fué posible detener aquellas corrientes revolucionarias. Así, España cuenta en la actualidad con una fuerza positiva: El Socialismo bien definido.

El Socialismo español se patentiza con sus escritores, artistas, pensadores, financistas, obreros y maestros. Gabriel Morón, en su libro «La Ruta del Socialismo en España», nos declara sin eufemismos lo que representa allá el socialismo.

En el final de un capítulo de su libro, encontramos este párrafo donde florece el nuevo espíritu que agita a la joven República: «La Monarquía se cayó por no poder arreglar el país. ¡Ahora la República haría el soberbio prodigio de una rápida reconstrucción que diese trabajo, paz, cultura y justicia; en muy poco tiempo, y conforme al amplio límite de los anhelos propios del país que acaba de despertar, sin hábitos de trabajo, acostumbrado a andar en guerras, hecho a la incultura y anudado en el atropello! Porque si no, ¿para qué y por qué ha «venido» la República?»

DEL CAPITALISMO AL SOCIALISMO

POR
EUGENIO F. DE LA PUMARIEGA

El nombre del autor de la obra, cuyo título precede estas líneas, no nos es del todo familiar, pero sí las ideas que sustenta en su libro a base de datos históricos y dentro de un espíritu de conciliación entre el capital y el trabajo, tan distanciados en la hora presente. Y no se espere las ideas violentas, como casi en todos los libros de carácter socialista; de ninguna manera. Todos los tópicos sociales, de actualidad los desarrolla ajustándose a la disciplina de estas latitudes.

Las personas de mediana cultura pueden abrir las páginas de la obra de Pumariega y adquirir en ellas un caudal de ideas amplias y beneficiosas. Su lenguaje es sencillo, y la mente de su trabajo es desbarbarizar tanto a potentados como a trabajadores. Y no es una aventura recomendarlo a las escuelas. El maestro puede comentar a sus niños el libro en cuestión.

Para mejor orientación copiemos el cuestionario del libro: Materialismo histórico y político; Reacción negra y reacción blanca; Las crisis capitalistas; En torno al capitalismo; El mito laico del Dios Individuo; De la edad dorada al cristianismo capitalista; La lucha de clases.

LAS OBRAS DE ESTOS DOS AUTORES ESPAÑOLES SE ENCUENTRAN, A LOS PRECIOS MAS COMODOS DE LA PLAZA, EN LA LIBRERIA "JOAQUIN RODEZNO" ESQUINA DE LA CALLE DELGADO Y CUARTA AVENIDA SUR, SAN SALVADOR.

EDITORIAL

BIBLIOTECA INFANTIL

La escuela y la biblioteca, en épocas anteriores, accionaban solas, aisladas, sin vincularse y sin conocer la afinidad de sus labores. La escuela dogmática y seria no atraía. La biblioteca fría y hermética solo era una ostentación en la cultura del pueblo. Y más todavía: la escuela una cárcel; la biblioteca un claustro que guardaba sus tesoros bajo siete llaves.

Pero no debía de eternizarse tal espíritu de incompreensión. Ambos factores culturales se entendieron y luego formaron una fuerza espiritual, persiguiendo un mismo objetivo: culturizar a la infancia por el camino de la alegría. Entonces la biblioteca penetró en la escuela con su literatura infantil y remozó el ambiente escolar. Sacudió la murria de los maestros y enriqueció, de manera libre e inteligente, la mente de los escolares. Hizo de la escuela pública la casa alegre de los niños.

Los pequeños odiaban la escuela. Iban a ella por disciplina del hogar. Miraban en el maestro, no

al amigo, sino al verdugo. Se sentían fatigados por el libro arcaico de lectura, cuyas lecciones, en el fondo y presentación, eran cuadriláteras, ajustadas a una exatitud ingrata, casi brutal. Hacia donde iba la escuela? Hacia donde el niño? A la vejez mental, al cansancio, al fastidio. En estas condiciones, la escuela buscó métodos prácticos para hacerse sentir en el corazón de sus chiquillos, y lo consiguió cuando abrió sus puertas a la biblioteca infantil.

Las estampas que ilustran los cuentos y leyendas, las portadas de los libros matizaron de colores el alma de los niños; en ellas en

tuvieron un mundo desconocido,

oyeron la musicalidad de palabras nuevas, aumentaron su vocabulario, disciplinaron la mente, y todo, sin imposiciones. La biblioteca llegó a la escuela con sus pájaros imposibles, sus gigantes fabulosos, sus dromedarios dorados y su Caperucita Roja. Les enseñó geografía con sus mapas y viajes imagi-

CORAZON

*SION de silencio, represión de grito,
acervo de dolida aristocracia,
es una fiebre dual de arcano y rito.
mi activo corazón fuerte en desgracia.*

*Es como un lirio trémulo de gracia.
Y en su angustia de luz y de infinito,
se alza su dolorosa idiosincrasia
prestigiada de un hábito maldito.*

*Risco de tempestad que en si sustenta
los talones de Dios, porque Dios mismo
siéntese en él glorioso de tormenta*

*Su influencia a veces es fatal, tan fuerte,
que de la torre de su propio abismo
cuentan que irradia un acre olor de muerte.*

VICENTE ROSALES Y ROSALES.

narios. Ciencias naturales al presentarles los cazadores del Africa y de América. Así, la escuela enseña deleitando; así, el hogar se libró de tantas interrogaciones atrevidas que a veces no puede contestar; el maestro ya no tiene urgencia de predicar a gritos el respeto y amor al libro, porque ambos sentimientos florecieron espontáneos.

La Pedagogía moderna apoya las bibliotecas infantiles y las considera como un factor importante de la educación primaria. Y no es de hoy esta fusión. Inglaterra a fines del siglo pasado introdujo en las escuelas públicas tales bibliotecas. Los países civilizados imitaron a los ingleses y muy especialmente los Estados Unidos. Por el momento son los norteamericanos los que más atención prestan a la difusión del libro en la escuela pública.

El acervo de una biblioteca infantil requiere dos cualidades: armonía íntima con la psicología del escolar y libertad razonable en cuanto a lecturas, pero respetando los principios fundamentales de la Pedagogía.

De aquí, que, para servir esta clase de bibliotecas, es necesario tener conocimientos pedagógicos. El bibliotecario tiene que adivinar tendencias e iniciar hábitos.

Entre los chiquillos lectores hay algunos que tienden a las lecturas morbosas; otros prefieren las aventuras, a veces se inclinan por las narraciones políglotas y no pocos se deleitan leyendo la vida de los santos y los héroes. Aquí, precisamente, está el triunfo de la biblioteca y la escuela. Las tendencias malsanas se repelen, se des-

truyen con literatura sugestiva, pero llena de enseñanzas provechosas. Se consigue el hábito de las lecturas bellas y se desarrolla el sentido ético del niño. Su mente se vuelve ágil y su expresión, dentro de su mundo ideológico, es extensa y clara.

Todas las ciencias puede impulsarlas la biblioteca infantil. La Historia, las matemáticas, la Geografía, etc. En las bellas artes el campo es propicio, más amplio. La mayoría de los clásicos griegos van a la escuela primaria en forma de cuentos. Cuando menos, el maestro relata en el aula aquellas vidas luminosas y ejemplares. Shakespeare, Homero, Horacio, El Dante, todos los genios de la literatura, son accesibles a la mente del niño si sus obras suben al cielo de la infancia con las alas de la sencillez difícil.

Poco incremento ha tomado la biblioteca infantil en nuestro país. La escuela ha permanecido sorda a su utilidad y sus puertas cerradas a los libros por largos años. Los motivos de tal indiferencia son varios: la literatura nacional apenas se manifiesta en revistas y periódicos y no en libros como en otros países. Nuestros héroes, la mitología y tradiciones todavía no figuran en los estantes de las bibliotecas infantiles. Afortunadamente se empieza a dar paso a las tendencias modernas sobre educación, lo que ha permitido establecer las bibliotecas de referencia con literatura importada. Si la Escuela Salvadoreña logra definitivamente establecer las salas de lecturas para sus niños, ya estará plasmado un nuevo espíritu nacional.

TRAGEDIA

Por Alberto Masferrer.

DEL LIBRO «PAGINAS»

ESCRIBIR es a veces un deleite; otras, provechoso ejercicio de la inteligencia. Pero he aquí un caso en que los rasgos de la pluma son como heridas que uno mismo se da; en que el entendimiento trabaja dolorosamente a impulsos de la duda, escollo siniestro que detiene o despedaza las esperanzas y las convicciones.

Cerca de mí se perpetra un asesinato, una tragedia horrible y sombría que yo no quiero evitar por no cometer atentado contra los derechos del verdugo al defender los de la víctima.

¡Los derechos del verdugo!..... habéis oído?

En la red de una araña acaba de caer una hormiga. Estudiad a los autores de tal drama y veréis cómo no se encuentran nada más misterioso. La araña, débil, cobarde, solitaria, insociable, de limitado instinto, de aspecto repulsivo, atrayente sólo en cuanto es miserable y perseverante. La hormiga, el insecto rey, activo, sociable, tenaz, industrioso, capaz del sacrificio y del heroísmo.

Ahora: estos dos seres, son dos almas? tienen igual derecho a la vida? la incontestable superioridad del segundo, no exige una pronta intervención en su favor? es bueno o es malo permanecer neutral en esta infame lucha, en la que inteligencia, fuerza y energía están dominadas por esa malla pegajosa, que no es sino una traición materializada?

*

Qué sacudidas! qué saltos poderosos! qué manifestación suprema de la excelencia del organismo

puesto en acción para desasirse de las odiosas hebras! Esfuerzos inútiles; toda esa cólera del ser que va a morir como ha vivido, luchando, es vana.

Qué hace, entre tanto, el cazador? Espera, sin impacientarse, el abatimiento de su presa. Su tela lo hace todo, y contra esa tela, cualquier esfuerzo está demás. Hay en ella una tenacidad que pasma; en su delicado tejido se esconde una como inteligencia. Necesidad imperiosa de matar el hambre, supremo instinto de la vida, resistencia tenaz á la desorganización; ahí están en esos filamentos salidos de las entrañas del solitario animal.

*

La lucha parece terminada; mas de pronto la hormiga se agita en convulsiones espantosas: sus patas golpean los hilos con increíble furia; las antenas oscilan, avanzan, se estiran, se recogen, buscando al enemigo; las tenazas, atentas a esta exploración, dan terribles dentelladas, cortan a derecha e izquierda, rompen, destrozan, arrollan. Nada resiste a los esfuerzos del moribundo, va a salvarse, va a salir de su asquerosa cárcel, va a quedar libre, en fin, medio muerto, pero triunfante. Ah! es la crisis que precede a la muerte! La araña lo sabe. Acércase cautelosamente y empieza a trabajar. Y qué trabajo tan odioso! Por cada hebra que se rompe, una nueva envuelve a la hormiga, y ésta se ensaña contra sí misma, triturando sus patas y antenas con las poderosas mandíbulas, movidas con de-

sesperación en los paroximos de la muerte.

*

Todo ha concluido: el más valiente, el más poderoso está a merced del más cobarde, del más débil. Y esto se ha consumado cerca de mí, tan cerca, que a un mismo tiempo he visto los movimientos de mi pluma y la dolorosa agonía del prisionero.

Ahora bien: en vez de estudiar y referir el drama, no hubiera sido mejor evitarlo? He aquí el problema.

Qué es la hormiga? qué es la araña?

Dos seres: el uno débil, el otro fuerte; cobarde éste, audaz aquél; admirablemente organizado y de finísimos instintos el primero, de firme y rutinario el segundo. ¿Quién de los dos merece más providencia? ¿Es justo que por sólo tener un derecho a la vida, la fatalidad ejerza sobre ellos el grado igual su abominable tiranía?

La hormiga es herbívora; destruye seres inferiores y no esquiva el combate; arroja los obstáculos con su incomparable energía y todo lo adquiere por derecho de conquista; salteador admirable y temerario, disputa al hombre mismo las más preciosas flores de los jardines para abastecer sus graneros.

La araña aliméntase de seres vivos que roba de manera innoble; su vida es una traición continua; aun el amor es para esta deshere-

dada de la naturaleza, goce de un momento seguido de la muerte del amante, a quien sacrifica acaso por no compartir con él el fruto de su trabajo; ella, en fin, simboliza la miseria que vuelve malas a las criaturas. Que caiga en su trampa una mosca, un gusano, que caigan esos pequeños seres últimos eslabones en la cadena de los vivientes, bien está. Entre el verdugo y sus víctimas no hay gran distancia. Pero la hormiga?.....

Acaso era la más anciana de la tribu; alguna fundadora de la colonia, miembro utilísimo, talvez jefe de una bien gobernada sociedad. Había salido a explorar el campo y regresaba satisfecha, prometiéndose una recolección abundante a la próxima noche; sobre el destino, inexorable destino la llevó por extraviada senda hasta dejarla presa en la traidora malla.

¿Qué hacer? salvarla? Quién más que ella tiene derecho a vivir? Hé aquí la duda, hé aquí el escollo donde el corazón e inteligencias se detienen, unos para negar el orden y la providencia, otros para encerrarse en la resignación dolorosa que les impone el misterio.

Dios creó la hormiga; Dios hizo la araña.

Yo quisiera libertar a aquella, mas quizá ésta perecería de hambre.

Las dos tienen derecho a la existencia.

Qué hacer?



¿Tiene sus símbolos el alma salvadoreña?

POR RAÚL ANDINO.

De su libro «Del Huerto Solariego».

Al doctor Salvador Rivas Vides, sincero nacionalista, salvadoreño de grande inteligencia, de generoso corazón y de alma nobilísima.

Respondo a la tentadora y patriótica encuesta de la «La Nación». Sí.

El alma salvadoreña, el alma luminosa, heroica y radiante de Cuscatlán, tiene sus símbolos; el triple, vivo y elocuente símbolo que quiere el «diario popular»: su árbol, su pájaro y su flor.

¿Es posible, acaso, que la minúscula grán patria, tan amada de nuestro corazón, el *alma mater* de nuestra misma vida, el pródigo suelo que nos nutre con los generosos jugos de su seno prolífico,—que es arca sagrada de los manes de nuestros ancestros y sustentáculo de las moradas de nuestros hijos—, no tenga, en su flora y en su fauna, incubados y nacidos en su propio vientre maternal, los seres singulares y autóctonos, que vengan a ser, por ascenso unánime, los plurales, vivientes y animados símbolos de su heráldica?

No. Blasfemia imperdonable, sacrilegio de lesa y grande amor patrio sería negar el alma salvadoreña, que vive, que palpita y que vibra, que sueña, que anhela y que canta, una de las más nobles y apreciadas virtudes de las espirituales cosas: la de poder ser expresada, plasmada más bien dicho, concreta y materialmente, en seres representativos, en exponentes vitales, en cifras o signos naturales—no artificiosos—que nos hablen, a los salvadoreños, se entiende, con vivas e inconfundibles voces, con voces únicas; en símbolos, en suma, que compendien y reúnan, en ar-

moniosa síntesis, sus más puros y sus más altos atributos.

El alma salvadoreña, dije, vive y habla. Habla y ruga con la voz estruendosa y apocalíptica de sus volcanes: El Izalco y El Quezaltepec, fraguas de Dios o quemaderos de Plutón.

Habla y silabea misteriosamente, con la voz cantarina y ululante de sus saltos y cascadas, que son para la miraculosa fantasía del poeta, claras y espumescientes sartas de líquidas perlas o cándidos y albos brazaletes de cristal.

Habla y canta, con suave y suurrante acento, con la mañanera brisa preñada de fragancias incoercibles y de capitosos efluvios, que juega—giróvaga, loca y errante—entre las frondas de los bosques espesos, en los cafetales nevados de azahares, en los jardines grávidos de rosas o en los tupidos maizales dormidos bajo las tórridas caricias del sol.

Habla y canta, con las mil argentinas voces de sus linfas, en la canturria monorrítmica de sus regatos y arroyuelos, transparentes, en la profunda sinfonía que modula el caudaloso *Lempa*, entre ribazos verdegay, bajo el glauco y melancólico lagrimeo de los sauces, o el perezoso *Paz*, cuyas aguas candenciosas ruedan cantoreras—rebotando en los peñascos—hasta perderse—plañideras—en la basta Mar del Sur. . . .

Esa alma, que otrora fué selvática, zahareña y salvaje, sueña, ho-

gaño, en dulce quietud inefable, en lo hondo de sus lagos,—*Ilopan-go* y *Coatepeque*—, ojos de Dios, por lo claros, lo azules y lo limpidos.

Sueña. Sueña grandes y hermosos sueños, aladinosos sueños maravillosos, inabarcables e inenarrables sueños. Sueña, conquistadora y audaz, ensancharse libremente en el espacio, eternizarse en el tiempo y alzarse, en un gran vuelo, hasta las supremas cumbres.

Sueña con ser, por virtud de gestas sucesivas o de misteriosas palingenesis y avatares, ora águila caudal, emperatriz de los aires, ora cóndor gigantesco, señor imperial de los Andes, ora gerifalte que rumbea rauda y orgulloso hacia el azur, ora torcaz enamorada, tórtola arrulladora o blanca paloma de plumaje impoluto.

Lucha y vibra y palpita, porque en ella alienta el vital y dinámico impulso que anima a la naturaleza viva a que enjendre los hombres, las fieras, los pájaros, las plantas y las flores.

Multimillonaria es, esta materna tierra salvadoreña, de los dones con que natura pródiga dota a los ungidos de su gracia germinal, a los elegidos de su seno, a los que nacieron privilegiados de su fecundo vientre.

Bendito del cielo, este suelo ubérrimo y milagroso, nutre con sus pujantes savias proficuas, una fauna y una flora que maravillan al espíritu y embelesan a los ojos estupefactos.

Y es allí, precisamente, en donde el anciano y el niño, el adulto y el adolescente, el potentado y el pobre, el hombre de la ciudad y el del campo, el maestrescuela y el filósofo, el poeta y el soldado, el obrero y el peón, los salvadoreños todos, en una palabra, deben buscar y hallar el tríptico simbólico: el pájaro, el árbol y la flor, que

sean, en la heráldica nuestra, la encarnación armoniosa, significativa y elocuente del alma salvadoreña, hecha de rosas, de llamas y de luz.

¿CUAL EL PAJARO?

El «Zenzontle». Divino cantor alado, alma de nuestros bosques, rival del ruiseñor, émulo de la alondra, batel de carne viva cargado de armonía, con dos alas en lugar de remos, flautista maravilloso y arrobador, meliodoso y estupendo joyero de musicales trinos, poeta enamorado de la aurora, madrigalista de los ortos, meliflúo gorgoriteador de los celestes ecos.

El Zenzontle, el dulce Zenzontle de plumaje gris, como el alma de Atlacatl; el pájaro embrujador que destila de su pico una perla de miel en cada trino y que consueta con la música de sus cantos al indio triste, en su agreste soledad, cuando descansa de las rudas faenas de la jornada diaria, en el verde corazón de la montaña, cabe la sombra de la ceiba centenaria o el legendario maquilishe, frente al poniente magnífico empurpurado de sol.

El Zenzontle, el pajarillo grisáceo o azulenco, de blanco pecho, que tiene de plata la garganta o de cristal bruñido por la misma mano de los ángeles; que es una ocarina viva, un pífono con alas, el encantado rabel de Teócrito exornado con un airón de plumas, el gorjeo hecho ave, el ave hecha romanza, la romanza hecha vuelo, el vuelo hecho plegaria para Dios.

¿CUÁL EL ARBOL?

El «amate». El «amatl» de nuestros indios, de nuestros lejanos y gloriosos ascendientes. Arbol protector, árbol antiguo, árbol tutelar, árbol de leyenda.

El amate, que es fuerte y es

vigoroso y es de recia contextura como el carácter salvadoreño, forjado en hierro, al rojo vivo, en las fraguas heroicas.

Arbol sagrado debiera ser éste, en verdad, para nosotros, los salvadoreños, pues él es, por su verde y anchurosa fronda sonora, por su tupida y sombría copa cuajada de nidos, por la amable y fresca sombra que proyecta, por la poesía antañona y legendaria que emana de él, un viejo y leal y entrañable compañero de nuestros abuelos, que lo plantaban amorosos y solícitos junto a sus cabañas, en el mismo patizuelo campesino donde florecen las dalias y perfuma la albahaca.

Si. Arbol sagrado debe ser porque es árbol indígena, árbol familiar, árbol casi doméstico que brinda generoso, a la vera de los caminos y en los pejugales propíncuos a las viviendas campestres, a las casucas pajizas, desde hace siglos, el regalo de su sombra y de su abrigo al caminante sudoroso por la fatiga o a los tristes y ateridos pajarrillos azotados por la tempestad.

Bajo ese árbol, como bajo un palio, descansaba de los rudos afanes de la cruda guerra contra (el blanco), el Señor de Cuscatlán. Allí, dormidas sobre muelles alfombras de hojas, soñaban sus sueños de amor las princesas aborígenes. Allí, en las fiestas ya idas para siempre al amparo de su copa grávida de gorjeos, bailaba el mocerío pipil, al son de la *chirimía* y del *teponahuaxte*, su danza predilecta.

En la corteza de ese árbol, con un punzón a guisa de *stylo*, nuestros ya olvidados ancestrales, escribían quién sabe cuántas cosas; quizá leyendas, mitos o poemas; talvez mensajes de amor, de paz y de guerra.

¡*Amate*, árbol dilecto, árbol melancólicamente obscuro en el crepúsculo, verdialegr.e al esplendor

del alba, esmeraldino y jocundo bajo el áureo saetazo de los dardos de Helios.

Arbol secular, árbol inolvidable, sacro árbol paternal, nutrido con nuestra misma savia, regado con el llanto de nuestros remotos progenitores, tú debieras ser, en la moneda salvadoreña, en el escudo salvadoreño, en la bandera salvadoreña, en toda la heráldica salvadoreña, el signo patricio, el emblema vernáculo por excelencia, el símbolo primero de triple blasón nacionalista!

¿CUAL LA FLOR?

«La Campánula». La «quebracajeta» de nuestras pueblerinas gentes. Flor sencilla, flor silvestre, bella flor. La campánula, que no es flor extranjera, que no es flor importada de lejanas tierras, que no es flor exótica, sino flor naturalmente, salvadoreña, flor nativa, brotada espontáneamente, flor nativa, flor agreste de nuestras campiñas.

La campánula, que se entinta la sedaña y grácil corola, ingenuamente coqueta, con las tintas del iris, con variados y candorosos matices, desde el verde pálido, color de esperanza, hasta el verde glauco, color de mar; desde el rosado evanescente, color de aurora, hasta el de púrpura, color de túnica imperial; desde el azul claro color de cielo estival, hasta el azul profundo y luciente, color de zafiro.

—La campánula, que enojada de rocío, se prende, graciosa e ingrávida, a la orilla de los senderos, sobre los cercos de piedra, en el costado de los paredones, por cima de los matorrales espesos, en bejucos caprichosos y culebreatos.

La campánula, que trepa airosa y embelesante sobre la copa de los arbustos, y se enreda en los tron-

cos años, y se tiende en las llanuras, y sube a los techos de los «ranchos» a bordar su alegre nota multicolor, como una irisada y hechicera pincelada, en la acuarela arrobadora del paisaje.

• La campánula, flor de forma de ánfora, de campana o de copa; del ánfora que contiene la alquitarada

y sutil esencia del salvadoreño espíritu, la campana que tañe jubilosa la hora del alba del renacimiento nacional y la copa de donde rebosa, como del cuerno emblemático del viejo escudo, el tesoro miliunanochesco de la abundancia

Faldas del «Lamatepec», octubre de 1924.

Mesones trágicos

Por José Valdés.

INGRIMA tristeza de mesones trágicos,
donde se ignora la bondad del pan
y la dulce blancura de la leche
y la alegría de los lirios íntimos
y el amable sosiego espiritual.

Las sombras van y vienen, sigilosas,
en el tumulto de los días ciegos,
con la resignación sobre los hombres
y una luna de invierno en las miradas.

Los niños, pobres luceros desterrados,
juegan sobre los hielos de la muerte.

La charca infecta mira al esqueleto
de los días sin sol y se sofoca
sobre los blandos pechos femeninos,
la negra inmensidad de los suspiros.

En noches y mañanas,
el ave oscura de los desconsuelos
rasga y devora, con hambriento pico
• pálidas mancebías.

Ni un trino, ni un aroma, ni un ensueño.

Reposan sobre muros enemigos
su cansancio amarillo los candiles.

Y suspira en la sombra,
el órgano glacial del desengaño.

Santa Ana—1932.

Ciudad dichosa

Por José Valdés.

CIUDAD dichosa—
un poco de blancura entre verdores —
inerte falansterio
que ofreces al contemplativo
la sombría clausura de tus noches
y la gris mansedumbre de tus días
y tus parques adustos donde sangran,
en soledad, las hambres suicidas
de los desocupados.
Y tus colinas grávidas y verdes.
Y tus ocasos de dormidos árboles.

Vieja ciudad, donde el azar insomne
arrojó el desamparo de mis huesos,
en la hora radiante de las bramas,
bajo el ardor de un claro mediodía.

Vieja ciudad,
en la desolación de tus crepúsculos
refulge en mis internas soledades
la suave estrella azul de lo impalpable.

Inerte falansterio,
sosiega la inquietud de mis vigiliass
tu mansa simplicidad de aldea
y tu quieto vivir y honesta fama.

Tus mediodías bravos como perros
se adormecen en quicios y balcones
sobre un dolor de harapos y microbios.

La soledad augusta de mis ocios,
desdeña tu confiada maestría
en forjar la abundancia del granero
con minuciosa actividad de hormiga.

Basta a mi corazón el azul grave
de tus atardeceres conventuales
y tu simplicidad de mansa aldea. . . .

Cómo suena en tus noches fantasmales,
la queja mendicante de las lluvias,
la congoja tan vieja de los grillos,
el mísero aullido de los perros
y el afligido rezo de las beatas.

Salve, ciudad dichosa!

Santa Ana—1932.

Vitrinas

Por Serafín QUITENO.

Para Augusto Morales Pino.

Vitrinas:

viviendas de ensueño,
tentaciones,
calvario de tantas ilusiones
que en ellas quebraron sus alas
como golondrinas.

Sedas,

joyas,
perfumes,
arañas de patas eléctricas,
luceros artificiales,
frondas temblorosas de *bloomers*. . .

Sedas vaporosas
como nieblas iluminadas;
sedas ardientes
como la fiebre de los poetas,
inventando los ocasos del trópico
a las diez de la noche.

Sedas:

mareas de colores
arrullando universos de vidrio,
descuajando las mariposas tibias
y los caracoles rosados de la tarde
en blandas riberas de Damasco.

Sedas llameantes,

sedas rútilas
en perspectivas alucinadas;
y en el pecho vacío
una emoción que prende como llaga
ante el recuerdo de la novia
que arropó su belleza anónima
con *zarazas* humildes y con harapos tristes.

Joyas:

una Cruz del Sur falsificada
sangra sus brazos en rubies iridescentes,
y en ellos van a disecarse
como libélulas friolentas
los malos pensamientos de las vírgenes,
de los ladrones y de los poetas.

Perfumes:

aromas cautivos,
—pájaros prisioneros en cárceles labradas,
reprimen la nostalgia de las praderas niñas
en los adolescentes crepúsculos de mayo.

¡Y en mí el deseo inmenso
de volcar uno de esos nidos transparentes
en el corpiño de la amada conforme
que nunca supo sino del perfume
de mis palabras bandoleras!

(Pero cada deseo
va a perderse en la noche,
se cae de mis manos
como un destino sin alas)

Y entre tanto,
Aladino deslíe sus tesoros
al paso del tren de las vitrinas:
telas y prendas que reviven
la manzana prohibida,
zapatitas para calzar poemas
de Li-Tai-Pe
y relicarios lentos
para guardar la Ausencia.....

.....
(A mi vera sin nombre
se desenrolla el torbellino
de las diez de la noche,
y mi pequeño anhelo cotidiano
se me cae de las manos
como un MUNDO!)

Guatemala, abril de 1932.

Antirrealismo en pintura.

POR LUIS ALFREDO CÁCERES

Lo irreal en pintura, si bien se ve, tiene dos aspectos importantes. El que trata de la técnica puramente óptica, cromática lineal, y el otro más alto, que se refiere a los asuntos filosóficos sociales, o religiosos. Como ejemplo del primero, recordamos al moderno Picasso, óp-

tico y mentalista; y del segundo, el misticismo ingenuo e irreal de fray Angélico.

En pintura, como en todas las artes, se trata hoy más que nunca de abolir el escollo nulificador del realismo. Son rachas vigorosas de renovación. El arte de los jóvenes

en rebeldía contra el objetivismo crudo. Se busca estética libre, más expresiva, más intelectual, amplia, acorde con la evolución mental de la época.

Ya en el Renacimiento, Leonardo de Vinci, adelantándose a su siglo, afirmaba: «La pintura es cosa mental», entendiéndolo que la mente del artista es la que selecciona, compone, exalta, armoniza, y depurando aquello lo fija en la tela. Esto lo practicaban ingenuamente los primitivos, que componían de memoria sus cuadros, en minucioso detalle y en grandes concepciones nada realistas.

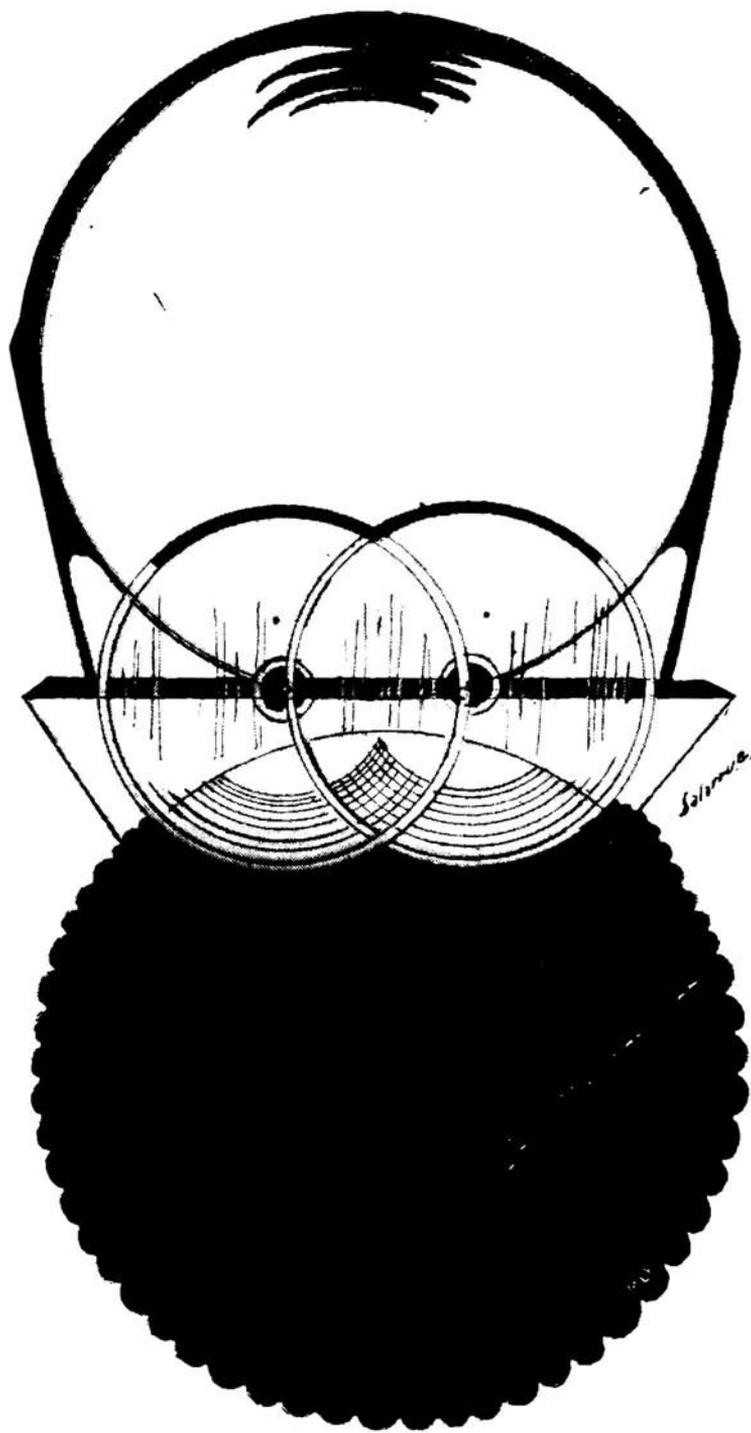
La realidad ha sido accidental en pintura, y ganó importancia con Manet, creador del impresionismo cromático, gemelo del realismo literario de Solá. Manet fué el blanco de los críticos incompresivos y despiadados de entonces; pero no hay duda que trajo fuerza y frescor al desarrollo del arte pictórico.

Llegamos a la pintura sintética

que desdeña lo superfluo y deja puro el motivo de emoción. Toma lo esencial que sirve como trampolín para que el espíritu salte a las regiones del éxtasis. Un arte en que no es primordial la satisfacción de los sentidos, sino que va palpando los bajos y altos de la conciencia humana, y determina revoluciones en los altos planos mentales. Se piensa con Plotino: «Que la belleza de las cosas, es el arquetipo que existe en el alma, fuente de toda belleza natural».

En la pintura de hoy, de avanzada, primero es la verdad o concepción interna, antes que la mudable realidad física. Con esto no se quiere hacer un elogio a los masturbadores de la naturaleza, que sería contrario a nuestra intención. Queremos hacer ver que el artista no es un copiador servil de la vida. Más que todo y sobre todo, ha de ser un creador de mundos, un hacedor de belleza, un canal por donde fluya la divina esencia de las cosas y de las almas.





LARDE, VISTO POR SALARRUE

EL PROFESOR LARDE

POR JOSÉ GÓMEZ CAMPOS

La Dirección del «Boletín de la Biblioteca Nacional», aunque con algún retraso involuntario, reproduce ahora las dos mejores caricaturas existentes (la gráfica y la escrita) de Jorge Lardé, como un homenaje a la memoria de aquel que ha merecido los envidiables calificativos de *sabio joven* y de *sabio auténtico*.

Bien conocido es el hecho de que *nuestros sabios* lo son únicamente de nombre, por influencia de algunas campañas de prensa, o porque la gente no se toma el trabajo de analizar, y repite, de manera automática, lo que oye.

Es hora de hacer justicia. Y aunque algunos de nuestros hombres de más talento opinen «que no hemos tenido ni tenemos sabios», proclamar que Jorge Lardé fue, en realidad, un sabio, y un sabio joven.

El profesor Lardé (D. Jorge) es una de las curiosidades de la capital. Lo digo sin intención irriverente.

Si alguna vez alguien se propone hacer una guía de curiosidades de San Salvador para turistas, podrá escribir así: «La campana conque el Padre Delgado convocó al pueblo para el primer grito de Independencia, las armas y los uniformes del Capitán General Gerardo Barrios, la «Avenida Independencia», el Palacio del Ayuntamiento, el Palacio Nacional, el profesor Lardé . . .»

Lo conocí en 1914, siendo yo estudiante de Preparatoria, cuando por un desacierto—supongo—del Ministerio respectivo, era Director del Instituto un tal Robleto Peña.

No recuerdo su figura, en detalles, de aquel año, pero en lo general, era la misma del presente. Sólo que ahora tiene la barba un poco más untada de gris, y más espaciosa la frente, esa tersa frente que le abarca desde las cejas hasta más allá de la coronilla.

El profesor Lardé domina casi todas las materias de la Segunda

Enseñanza de nuestro país. Además, conoce a fondo las lenguas y dialectos de los aborígenes, conoce nuestra arqueología, y sabe dónde tiene su origen los temblores que sacuden estas tierras . . . aunque esto último ni a él, ni a nadie, le sirve para nada. Ya lo veis. El profesor Lardé es un Sabio. Con mayúscula.

Y para dicha nuestra no es un sabio para adentro, como tantos otros que tenemos, que no han escrito nada nunca, que nunca han enseñado nada; pero que son sabios, indudablemente, aunque nosotros los jóvenes los tengamos por pachecos.

El profesor Lardé es hombre de una energía gigantesca: sobre estudiar todo lo que estudia, discutirlo todo, dar innumerables clases, dirigir el Observatorio Sismológico Nacional y examinar detenidamente los monumentos nacionales para decir a voz en cuello cuales merecen exhibirse y cuáles debieran estar arrinconados, nos atolondra publicando eruditos artículos sobre Historia Patria, y es quizás el único que en el país se ha preocupa-

do por explicarse las teorías de Einstein, de las cuales ha escrito largas exégesis, que no ha leído nadie . . .

Por eso, para poder atender una labor tan intensa y tan extensa, anda por las calles de la ciudad como una tromba. ¡Ay de aquél que no le dé la vial.

Creo que nunca a podido andar despacio. En 1914 los alumnos del Instituto le habían levantado una ficha muy simpática sobre esto del andar ligero: decían que salía de su casa para el Instituto a las siete y cinco minutos, y llegaba a las siete menos diez.

*
*

Uno de estos días vi venir por la calle al profesor Lardé. Sus zapatos—dos navíos de cuero—producían asombro entre los transeuntes.

Venía el profesor vestido de tela blanca, el pecho muy saliente, las manos hechadas hacia atrás. Sus ojos castaños miraban burlescamente a todo el mundo tras el cristal de los anteojos. Un sombrero de fieltro, negro, perteneciente, tal vez, a la factura de los primeros que vinieron al país, impedía ver su frente.

Lo saludé:—Buenos días, D. Jorge.

Me miró apenas y contestó apenas, apretando entre el tórax y el brazo izquierdo un inmenso rollo de papeles:—Caballero. . .

Y se alejó corriendo. Mucho delante de él iba su nariz rojiza. . .

Rojiza, he dicho. Esto es un secreto. Y es un secreto, porque habéis de saber, lector, que el profesor Lardé, como José Enrique Rodó, es muy amigo de la Décima Musa: la Cerveza.

1926

A LA DERIVA

POR CARLOS BUSTAMANTE

Noche profunda,
torbellino de sombras
que en su curso fatal y silencioso
arrastra marejadas de estrellas.

●
Y yo, náufrago,
floto a la deriva
en el gran río oscuro y lento.....

Qué mar se densifica
en el vago horizonte?
Soñados continentes
vela el misterio.
Apenas si clarean, en las lejanas penumbras,
los ventisqueros del alba.

Y la luna menguante,
góndola sin velamen,
se ha quedado varada
en estelares dársenas.

Pero la noche, serena y honda,
sigue su curso indefinible,
y yo, náufrago,
floto a la deriva,
buscando un alma buena
en donde anclar mi corazón sin rumbo.

CARTA DE AMOR A LA RAMERA

POR ALBERTO GUERRA TRIGUEROS

De su libro «El Surtidor de Estrellas.»

Yo te hablo de amor, mujer sin hijos.
Yo te hablo de amor, mujer sin alma.
Yo te hablo de amor, mujer sin sexo:
¡Sexo sin mujer,
Hermana Ramera,
YO TE HABLO DE AMOR!

Yo te hablo de amor y de dolor,
¡Mujer dolorosa de no haber sufrido nunca!
¡Mujer completa, mujer trunca
porque nunca te partiste en dos,
¡muñón de mujer
porque nunca te amputaron una nueva vida!
¡Mujer-Virgen
porque nunca te violó el Dolor!
¡Virgen-Madre de hombres que no han nacido!
¡Madre de todos tus amantes,
Amante de todos los hombres,
Amante sin amor!
YO TE HABLO DE AMOR.

Yo te hablo de un amor inmenso
y más allá de tí misma,
hermana en humanidad,
hembra del hombre,
loba para el hombre-lobo.
Porque yo te amo,
hermana mía:
¡te llevo en mis entrañas como un feto,

como un cáncer,
 como una víceral
 Te amo por todo lo que no has sido
 y que pudiste ser,
 ¡Oh hermana Ramera que pudiste ser mi hermana!
 ¡Oh hermana Ramera que pudiste ser mi esposa!
 ¡Oh hermana Ramera que pudiste ser mi madre!

No te amo por tí,
 mujer,
 sino por *tú misma*,
 Mujer Eterna,
 que por no haber parido nunca
 has quedado para siempre en cinta,
 preñada para siempre
 de misterio,
 como un negro nubarrón del Caos,
 ¡como una vaga y profunda Noche
 primordial,
 preñada para siempre
 de un informe Fiat Lux!

¡Oh Mujer,
 Mujer Eterna,
 tan antigua como el Hombre,
 tan antigua como Dios!
 ¡Pantomorfa Isis,
 Tétrada divina,
 Síntesis de los Elementos,
 Agua, Fuego,
 Aire y Tierra!

AGUA.
 ¡Agua sagrada del mar!
 ¡Mar azul!
 ¡Mar salado de lágrimas,
 adonde van,
 como ríos cargados de cieno,
 adonde van a abismarse,
 y confundirse,
 y purificarse,
 abandonando en tí sus limos todos,
 todos los pobres rijos
 de tus hermanos los hombres!

FUEGO.
 Paradójica vestal del Fuego ardiente,
 del sacro Fuego inextinguible
 de la Vida,
 que funde y depura en tu crisol
 carnal
 el plomo gris de la lujuria,
 trasmutándole maravillosamente

en Oro alquímico,
¡en el Oro auroral y radiante
de una nueva,
impoluta
castidad!

AIRE.

Aire abrasador de los desiertos,
humilde y puro torbellino,
simún que azotas y arrastras y barres a los hombres,
para cargarte de sus impurezas,
¡hasta dejarles limpios
como rocas enhiestas,
castos
como lagos de oasis,
como lagos recién nacidos!

TIERRA.

¡Tierra baldía,
tierra estéril,
tierra tristes!
Y con todo, Tierra Madre,
Origen y Fin,
Alfa y Omega,
¡tierra fecunda,
pero sin ríos de amor!

Mi corazón,
como una nube de tormenta,
vierte hoy la lluvia de sus lágrimas
sobre tu vientre amplio y redondo
como el mundo:
¡sobre tu vientre donde el sexo,
como un surco,
eternamente espera
la simiente!
¡Oh hermana Ramera que pudiste ser mi hermana,
que pudiste ser mi hija,
o mi esposa,
o mi madre!

Y de quien sólo hemos hecho
una cloaca necesaria y triste
para las aguas impuras:
ruega por nosotros,
mujer,
por nosotros que hemos hecho de tí
lo que eres;
ruega por nosotros y perdónanos,
¡Eva,
Madre Rameral
Perdónanos de haber renovado
contigo

el Gran Incesto inmemorial,
 ¡el eterno, el profundo, el insondable incesto
 de Edipo con Iocasta!

• Mi corazón mana hoy sangre y leche
 por tí,
 ¡Madre que no fuiste madre!
 Leche por esos pechos
 que no amamantaron;
 sangre por ese sexo tuyo
 que tiene forma de herida,
 para dar tu simple sangre
 de virgen,
 de mujer
 y de madre,
 ¡y que nunca pudo sangrar!
 Mi corazón mana hoy sangre y leche,
 ¡sí, sangre y leche por ese cuerpo todo
 que no pudo, en un hijo,
 salirse de su carne,
 que no pudo nunca
 darse a luz!

Mas no sólo de carne nace el hombre,
 ¡esposa Rameral
 no sólo de carne,
 sino también de espíritu:
 por eso mi corazón lleno de fé,
 mi humilde corazón sembrador
 arroja hoy sus lágrimas al viento,
 como semillas de sangre,
 como un polen de dolor,
 como un semen angélico,
 hacia tu vientre amplio y redondo
 como el mundo;
 hacia tu vientre donde el sexo,
 como un surco,
 eternamente espera
 la simiente:
 ¿Quién sabe? . . .
 Quizá nazca de tí un día,
 en milágrosa y triunfal partenogénesis,
 ¡quizá nazca de tí un día,
 —por fin—
 UN DIOS!

Mitología de Cuscatlán

POR MIGUEL ANGEL ESPINO.

De manera fragmentaria iremos publicando "Mitología de Cuscatlán" de Miguel Angel Espino. Su estilo es de una claridad absoluta y, además, desentraña del pasado, el oro legítimo de nuestra Mitología Nacional.

COSMOGONÍA

La profunda imaginación de los pipiles creó su cosmogonía que tanta poesía encierra. La tierra rodaba en el espacio, zumbando en el silencio, dice. La noche se agrandaba en los contornos de las cosas. Todo es negro; negra la tierra y negro el cielo. El frío se extendía en las cavernas infinitas de la Nada.

Es el vacío.

La muerte está echada sobre el mundo. Nada vuela, nada flota, nada calienta. Ni ríos, ni valles, ni montañas. Solo está el mar.

Un día Teotl frotó dos varitas de achiote y produjo el fuego. Con las manos regaba puñados de chispas que se esparcían por el vacío formando las estrellas. El misterio se poblaba de puntos de luz.

De pronto, en lo más alto del cielo surgió Teopantli, el Reformador, que rige el Universo. Surgió sonriente, envuelto en una cascada de luz.

Teotl lanzó el último puñado de fuego, que allá abajo se condensó en un témpano de luz: ese fué Tónal, el buen padre Sol.

Pero entre el ruido de los capullos de la vida que reventaban, de los mundos que se engolfaban en sus órbitas, de las explosiones de la luz, Teopantli lloró.

Y su lágrima rodó, hasta quedarse suspendida. Se hizo blanca y giró. Esa fue Metzti, la buena madre luna. Por eso es triste. Proyectó su luz sobre la tierra y ya

no estaba vacía. Los mares se rompían contra las costas. Había montañas y había barrancos. Sobre las cumbres peladas rugían las fieras. Su luz pálida alumbró un combate de leones. En las charcas y entre las lianas corrían las lagartijas. Los ríos se retorcieron como culebras blancas. La vida cantaba.

Explica después como fue creado el hombre, nacido del coágulo de un nopal, que se enfangó, dando origen a una casta de hombres malos, que indignaron al Creador. Se desató sobre ellos una furiosa lluvia, y el huracán silbaba quebrando las montañas. Todos murieron, a excepción de *Coscotágat* y *Tlacatixtl*, nuestros padres comunes.

Después de ese desastre la humanidad ha venido perfeccionándose poco a poco.

Curiosa es, entre los pipiles, la leyenda de los cuatro soles, extinguidos en épocas anteriores, y que corresponden a cuatro edades durante las cuales ha desaparecido la vida en el planeta a consecuencia de grandes cataclismos.

En todas esas fábulas se ha creído ver fenómenos alusivos a conmociones sísmicas, a faces geológicas por las que ha atravesado nuestro planeta.

LOS DIOSSES

No hablaremos largamente de los dioses pipiles, a cuya cabeza estaba Teotl, el creador, padre de la vida; Teopantli, que regula el cielo y la tierra; Tónal, esposo de Metzti (el sol y la luna); Tlaloc, dios del agua; Camaxtli, de la guerra; Teomikistli, de la muerte; Lulin, del infierno; Centeotl, diosa del

maíz, y Cuetzpálin, diosa de la riqueza.

Entre los chortis, de Chalatenango: Acat, dios de la vida; A-Balam, de los bosques; Abolok-Balam, de la cosecha; Chaac, inventor de la agricultura; dios de los truenos y relámpagos; Ahulneb, dios guerrero; Ixchebel-Yak diosa de la pintura; Zuhuy-Kak (la virgen del fuego), vestal de Uxmal deificada a causa de sus grandes virtudes; Ixchel, diosa de la medicina; Xocbitún, dios del canto; Pizlintec, de la música y poesía; Citbolontun, de la medicina, y Ah-Tubtún, que escupía piedras preciosas.

Sólo esbozamos este capítulo para hablar de los semidioses y del Nahuatlismo, aquí incluido, que es donde la imaginación india puso más poesía, y que para nuestro fin pedagógico es más ventajoso.

LOS BACAB

Hubo un tiempo en que la creación se vió amenazada. El cielo se estaba desmoronando. Vacilaba al peso de las estrellas.

Era la infancia de la humanidad. Poco hacía que la tierra, en forma de una nube larga y gris, se arrastraba por el espacio húmedo. Poco hacía que se había condensado, dando origen a esta inmensa bola en que vivimos.

Pero era lo cierto que el cielo se caía, como una plancha sin sostén. Tal era el derrumbe, y las quejas de la tierra eran tan numerosas, que Dios pensó seriamente en cortar el mal.

Y creó cuatro gigantes.

En las cuatro esquinas del cielo apoyaron sus espaldas los enormes hombres. Y el cielo detuvo. Las estrellas afianzaron sus pilgajos de luz.

Desde entonces están, firmes siempre, parados los gigantes en

las esquinas del cielo. Son cuatro: Kan-Xibchac, en el sur; Chac-Xibchac, en el oriente; Zac-Xibchac, en el norte; Ek-Xebchac, en el poniente. Kan es amarillo, Chac rojo, Zac blanco y Ek negro.

Presidían cada uno, por turno, un período de cuatro años. Representaban los puntos cardinales, quienes daban su nombre.

Eran tenidos como dioses del aire. Súbditos de *Achuncan* (centro o fundamento del cielo) su poder se cernía por sobre las estrellas, y agitaban sus alas membranosas entre las furias de las tempestades.

LOS ARBOLARIOS

Eran los genios de las tempestades. Ladroneos de los lagos, hace poco tiempo que aún cometían sus fechorías. Una vez traían robada una laguna en un cascarón de huevo, de quien sabe donde, y al pasar por el volcán de Tecapa se les cayó, de lado, motivo por el cual esa laguna está inclinada. Otra vez intentaron, con mal éxito, robarse el lago de Güija.

Era de verlos, cuando la tormenta venía bramando, despedir chispas con sus ojos barcinos. Eran mujeres malas y dejaban la destrucción por donde pasaban.

Si en las tardes borrascosas se oía un ruido sordo, era que venían, montados sobre palos secos, chiquitos y terribles. Caían sobre las milpas y las tronchaban. Se hacían lagartijas o culebras y mordían a los curiosos que los veían.

CHASCA, LA VIRGEN DEL AGUA

Chasca era la diosa de los pescadores. Salía en la Barra de Santiago, en las noches con luna, remando sobre una canoa blanca. La acompañaba Acayetl, su amado.

La pesca abundaba en esas noches.
Aún hoy día se la recuerda:

Pescador, salió la luna,
desenvuelve tu atarraya:
esta noche es de fortuna,
pues ya viene,
la hermosa canoa blanca.
Nada temas, Chasca es buena,
no hay quien sea como Chasca
que le quita a uno la pena
cuando sale
en su gran canoa blanca. (1).

Fué en un tiempo lejano. En la Barra vivía Pachacutec, un viejo rico, pero cruel. Tenía una hija, prometida por él a un príncipe zutuhil. Se llamaba Chasca y era bella.

Un día ella conoció a un pescador, apuesto mancebo a quien llamaban Acayetl. Vivía en la Isla del Zanate.

Y se amaron.

Pero Pachacutec se opone a ese amor. Sin embargo, todos los días, cuando el sol abría los ojos tras la montaña, ella escapaba de la choza, situada entre un bosquecito de guarumos y se iba a la playa, donde Acayetl desde su balza cantaba dulces canciones.

Pero una mañana fue triste. La Poza del Cajete amanecía dorada por el sol. Un viento frío que se arrastraba raspando los piñales vecinos olía a mezcal. Triste y fría; triste y callada; triste y solitaria; así estaba la Poza del Cajete.

De pronto una canoa apareció. Era Acayetl. Corría, y ya se acercaba a la playa, cuando entre los juncos de la orilla un hombre oculto disparó una flecha. Era un enviado de Pachacutec. El pescador cayó muerto.

Y cuando el mar se estaba poniendo rojo, una mujer gritó en la playa. Era Chasca.

Corrió, loca en su dolor. Poco

después volvía con una piedra atada a la cintura y se lanzó al agua. El mar tiró sus olas sobre el cuerpo de la virgen.

Cuando Pachacutec murió era una noche de luna. Entonces se apareció por primera vez Chasca, en su canoa hecha de una madera blanca, al lado de Acayetl.

En el Paisaje de arena y sal, sobre el fondo negro del monstruo que se agita, a la luz serena de la luna llena, Chasca con su vestido de plumas, es la eterna nota blanca de la Barra.

LA SIGUANABA

Alta, seca. Sus uñas largas y sus dientes salidos, su piel terrosa y arrugada le dan un aspecto espantoso. Sus ojos rojos y saltados se mueven en la sombra, mientras masca bejucos con sus dientes horribles.

De noche, en los ríos, en las selvas espesas, en los caminos perdidos vaga la mujer. Engaña a los hombres; cubierta la cara, se presenta como una muchacha extraviada: «Iléveme en ancas», y les da direcciones falsas de su vivienda, hasta perderlos en los montes. Entonces enseña las uñas y deja partir al engañado, carcajeándose de lo lindo, con sus risas estridentes y agudas.

Sobre las piedras de los ríos golpea sus «chinchas», largas hasta las rodillas, produciendo un ruido como de aplausos.

Es la visitante nocturna de los riachuelos, en las pozas hondas, donde a media noche se la puede ver, moviendo sus ojos rojos, columpiada en los *mecates* gruesos.

Hace mucho tiempo que se hizo loca. Tiene un hijo, de quien no se acuerda: Cipitín, *el niño del río*. ¡Cuántas veces Cipitín no habrá sentido miedo, semidormido en sus flores, al oír los pasos de una mu-

(1) Esta canción, como toda la leyenda, fue recogida por el poeta Carlos A. Imendia y por el padre del autor.

jer que pasa riendo, río abajo, enseñando sus dientes largos!

.....
Existió en otro tiempo una mujer linda. Se llamaba *Sihuélut* y todos la querían. Era casada y tenía un hijo. Trabajaba mucho y era buena.

Pero.... se hizo coqueta. Lasciva y amiga de la chismografía, abandonó el hogar, despreció al hijo y al marido, a quien terminó por hechizar.

La madre del marido, una sirvienta querida de *Tlaloc*, lloró mucho y se quejó con el dios, el que irritado le dió en castigo su feurra y su demencia. La convirtió en *Sihuán* (mujer del agua) condenada a errar por las márgenes de los ríos. Nunca para. Vive eternamente golpeando sus «chinchas» largas contra las piedras, en castigo de su crueldad.

Siguanaba era el mito de la infidelidad castigada.

CIPITIN

Así era. La Siguanaba estaba loca; la habían visto, riéndose a carcajadas, correr por las orillas de los ríos y detenerse en las pozas hondas y oscuras. Cipitín emigró a las montañas y vivió en la cueva que había en la base de un volcán.

Hace ya mucho tiempo, han muerto los abuelos y se han rendido los ceibos, y Cipitín aún es bello, todavía conserva sus ojos negros, su piel morena de color canela, y todavía verde y olorosa la pértiga de cañas con que salta los arroyos.

Han muerto los hombres. Se fueron los topilzines, canos están los suquinayos, y el hijo de la Siguanaba aún tiene diez años. Es un dón de los dioses ser así. Siempre huraña, irá a esconderse en los boscajes, a balancearse en las corolas de los lirios silvestres.

Cipitín era el númen de los amores castos. Siempre iban las muchachas del pueblo, en la mañanita

fría, a dejarle flores para que jugara, en las orillas del río. Escondido entre el ramaje las espiaba, y cuando alguna pasaba debajo sacudía sobre ella las ramas en flor.

Pero.... es necesario saberlo. Cipitín tiene una novia. Una niña, pequeña y bonita como él. Se llama Tenáncin.

Un día Cipitín, montado sobre una flor, se había quedado dormido.

Tenáncin andaba cortando flores. Se internó en el bosque, olvidó el sendero, y corriendo, perdida, por entre la breña, se acercó a la corola donde Cipitín dormía.

Lo vió.

El ruido de las zarzas despertó a Cipitín, que huyó, saltando las matas.

Huyó, de flor en flor, cantando dulcemente. Tenáncin lo seguía. Después de mucho caminar Cipitín llegó a una roca, sobre las faldas de un volcán. Los pies y las manos de Tenáncin estaban destrozadas por las espinas del ixcanal.

Cipitín tocó la roca con una shilca y una puerta de musgo cedió. Agarrados de las manos entraron, uno después de otro. Tenáncin fué la última. El musgo cerró otra vez la caverna.

Y no se le volvió a ver. Su padre erró por los collados y algunos días después murió, loco de dolor.

Cuentan que la caverna donde Cipitín y Tenáncin se encerraron estaba en el volcán de Sihuatepeque (cerro de la mujer) situado en el actual departamento de San Vicente.

Han pasado los tiempos. El mundo ha cambiado, se han secado ríos y han nacido montañas, y el hijo de la Siguanaba aún tiene diez años. No es raro que esté, montado sobre un lirio o escondido entre el ramaje, espiando a las muchachas que se ríen a la vuelta del río.

¡Oh el Cipitín! Guárdate de sus miradas que encienden el amor en el pecho de los adolescentes.

(Continuará).

LIBROS NUEVOS

POR FRANCISCO MORAN

«Palabras y Sangre» de Giovanni Papini

Al cerrar este volumen de Papini, qué sólo he podido leer en horas de predisposición morbosa, me queda en la garganta un amargor reseco, como de fruta venenosa.

¡Palabras, palabras! Pero qué sabor de sangre en estas narraciones, amasijos de carnes sufrientes, con ansias de almas enfermas y dentro un destello hiriente de verdad terrible.

Es cruel este libro. Con crueldad que maltrata el alma y agita el espíritu. Es mano sin piedad que nos urge en lo más escondido y nos increpa con dureza: «Mira tu verdad. He aquí al héroe de tus ensueños, el santo de tus horas más puras, el sabio de tu rendida admiración. Esto es lo negro de aquel azul en que creías ver reflejada tu idealidad más noble».

Las narraciones son breves, casi iguales en extensión. Y el procedimiento, siempre el mismo. Un tipo hermano que se distingue por alguna rareza que mueve nuestra simpatía o nuestra piedad, una vida que es ignorada tragedia cotidiana; de pronto, un escorzo que trae a plena luz algún aspecto del alma humana y luego, la muerte del infeliz obseso.

Es un género creado por Papini. ¿Cuentos crueles, parábolas invertidas, alardes de cinismo árido, espinas sin esperanza de la flor? Todo eso juntamente hay en estas narraciones que tienen la atracción de lo yermo y lo acético, visto en sueños.

Esto no es razguño que nos deja leve escozor. Es herida que nos amputa una esperanza, un afecto, una inquietud y nos deja expuesta al sol de la verdad una entraña dolorosa.

Pero por cada dolor, nos deja una enseñanza que puede rehacer nos la carne desgajada.

He aquí algunas de estas verdades:

«¿Qué mérito hay en sacrificarme un poco durante treinta, cuarenta o sesenta años de mi vida terrena, cuando tengo delante la recompensa eterna y cierta la gloria divina por toda la eternidad?»

«¿No eres tú el héroe de aquella familia de hombres que piensan en lo que desearían y querrían hacer en vez de lo que hacen?»

«Desnudad vuestra alma y ponedla bajo el sol, aunque se vuelva árida, aunque se quemé no importa».

CREATER AMERICA

Una interpretación de la América Latina en relación con la América Sajona, por Wallace Thompson.

Libro sobremana interesante en la actualidad americana. Un yanqui interpreta la América nuestra en su significación social y económica, dentro del segundo cuarto del siglo XX.

Es una advertencia oportuna para los americanos del Norte y una invitación a que tomen su política de explotación en una más inteligente y eficaz de simpatía y cooperación.

Y es una alerta para las veinte naciones del Sur que a veces dan la impresión de no darse cuenta

de su brillante porvenir ni de la importancia de su significación en el mundo económico y social en un porvenir tan cercano que ya va siendo presente.

Considere el lector algunas de las voces sinceras de este Wallace Thompson:

«El Mar Caribe, que en apariencia las divide, es en realidad el más poderoso de los vínculos entre la América del Norte y la del Sur».

«Caeremos en grave error si aceptamos la filosofía barata de quienes ven una esperanza para la América Latina en la creación de un comunismo artificial y utópico, basado en las tradiciones y costumbres de los indios, que estos mismos ya han olvidado».

«El futuro de la inmigración en la América Latina está ligado a su despertar industrial que es el foco principal de su progreso».

«Un más alto tipo de vida, mediante una más sana y amplia reconstrucción social y económica»...

Con referencia a El Salvador dice estas palabras por demás halagadoras: «El Salvador es un jardín tropical, intensamente cultivado, situado a lo largo de las tierras bajas del Pacífico y al que sus montañas protegen imprimiéndole, a la vez, marcado contraste con los países vecinos».

Y estas otras admonitivas:

«En Centro América, los ríos están generalmente descuidados, no obstante que los del Caribe penetran por regiones cultivadas y valiosas zonas ganaderas y al lado del Pacífico, por lo menos el Río Lempa de El Salvador, serpentea por las más hermosas regiones de esa rica república».

Consideremos estas advertencias y no olvidemos que en el Norte hay ojos que ven y oídos que oyen,

Del libro **"HUELLAS DE IDENTIDAD"**

TONO SALAZAR

Por SALVADOR CAÑAS

Con Toño Salazar solíamos ir por las tardes al Campo de Marte.

Toño Salazar sentía fruición leyendo a Santiago Rusiñol. Siempre nos encarecía la lectura del catalán insigne.

Delgado. Bajo. De maneras gentiles. El ambiente propiciaba esa suavidad suya de salón galante.

Sin sospecharlo, la primera exposición de caricaturas en el Teatro Colón. El maestro Gavidia captado en su peculiar abandono de

sí mismo en cuanto a las cosas de todos los días y de todos. Las investigaciones históricas y filológicas le sustraen del colmenar mundano. Al estupendo Barba Jacob, con todo el bello quebranto de su psicología compleja, logró Toño Salazar caricaturizarlo. Las alturas invioladas como las simas sin huellas conocidas dejaron en el espíritu de Barba Jacob un oceánico rumor. El anhelo expresado en su poesía tiene raigambre en el tumul-

to humano que busca la respuesta a tanta duda y enigma. Y lo penetró Toño Salazar. No recordamos las caricaturas de otros porque no nos deja "el pulgar inconfundible de espiritualidad", como ha dicho Salarruef al referirse a estas prosas mías.

Luego su viaje a México. Su técnica se familiarizó con los cánones estéticos de última hora. Nuestro medio no podía darle el vuelo incontenible. Se marchó como agregado a la Legación de El Salvador en aquel país. Se hundió en la ciudad sin ser arrollado por la vorágine. Hizo lo que muchos artistas no hacen por ignorancia o pusilanimidad: vivió. Y vivió con arte y como hombre. Sin asombrarse de nada. No obstante proceder de un ambiente aldeano, pudo rimar su temperamento con las mil inquietudes de México. Los elixires finos o diabólicos los apuró con epicureísmo sabio.

Gómez Carrillo lo aventó a la crítica y a la gloria en París. Gonzalo Zaldumbide, Napoleón Pacheco, los hermanos García Calderón, lo admiran con fervor franco. Gómez Carrillo comprendió el temperamento de Toño Salazar. La *élite* de París, los refinados hasta el dolor o hasta la neurastenia, llegaron a él como a un creador de arte. La sobriedad en las líneas, la pesquisa psicológica en el momento propincuo, la novedad en la emoción. Las mejores revistas parisinas le abrieron sus páginas incondicionalmente. París no se entusiasmó por Toño Salazar como ha hecho con otros tantos artistas, con la fugacidad de mujer histérica. No se entonteció París como cuando casi deificó a Josefina Baker, para después olvidarla. París, representado en sus críticos, literatos, periodistas, supo de la genial creación del arte de Toño Salazar. No puede

desdeñarlo. Está con él. Porque este caricaturista estupendo se ha hundido en el alma de París, alma loca, inmisericorde y profunda. Toño Salazar vive de noche. Las féricas noches parisienses. Rodeado de gentes de selección. Bordando una sutil bohemia artística. Porque fué una leyenda o es anacrónico vivir bohemia con deudas y con mujeres baratas o imposibles. Toño Salazar paladea la vida con esa modernidad nerviosa y fina de hoy.

Perso trabaja.

Raúl Andino, decíame una noche recién venido de París, en donde convivió con literatos, artistas y críticos:

Aquí todavía se tiene la idea equivocada de que el hombre de letras no debe trabajar. Que cualquier trabajo material deslustra al de estirpe de dioses. El mismo Gómez Carrillo, a quien se han tejido pintorescas historias de hombre enamorado y trasnochador, y aunque hubo algo de esto en su vida, jamás dejó de trabajar. Primeramente hacía sus crónicas para los diarios en los que colaboraba, "La Nación" de Buenos Aires, por ejemplo. A las 12, salía por los cafés en busca de la charla sugestiva, del amigo indispensable, o de la mujer refinada hasta en sus debilidades bellas, y que nos hace saltar la sangre con ímpetus divinos. André Gide, el autor de "Corydón", es un trabajador impenitente. Paul Valery gasta sus días en una labor tenaz. Es verdad que remansan sus vidas un poco para recobrar la fuerza creadora. Ventura García Calderón, no obstante su prestigiosa talla de literato y crítico, necesita trabajar con escasas interrupciones. Entre nosotros, con un artículo diario publicado en algún periódico o revista, escrito con preinura o por *snobismo*, se cree laborar sin fatiga.

Toño Salazar vive así, pero trabaja. Le envidiamos su vida fragmentada entre las noches de charla, de música y de mujer bonita metida en el corazón, y el trabajo creador. Además de las caricaturas,

publicadas en revistas y periódicos de París y New York, escribe para el gran Diario "La Razón".

Si algún día nos encontráramos con Toño Salazar para revivir nuestras inquietudes y sueños.

LLAMAS LATINAS

VALERO PUJOL

La obra de Salvador Martínez Figueroa quedó en su mayor parte dispersa en revistas y periódicos. Su prosa no pasará nunca porque está hecha con esa sencillez armoniosa y eterna, propia del talento auténtico.

El Boletín, en honra a su recuerdo y por el buen nombre de las letras nacionales, reproduce el presente artículo.

Hablar de Valero Pujol, es hablar de España, no la España mediocre de Fernando VII, sino la España resonante y gloriosa de Emilio Castelar.

En esas grandes montañas de la Historia, en esos enormes precipicios en donde Plutarco encontró sus «Vidas paralelas» y Emerson a sus representativos, que hallé a Valero Pujol, fuerte como la encina, vigoroso como la sangre hispana y decisivo como una tempestad de los trópicos. Nació para pensar altas cosas y expresarlas en ese idioma oloroso a sangre, a rojo clavel de Andalucía, a himno que sueña a triunfos y a victorias. Tiene necesariamente Valero Pujol la virtualidad del talento, resuelto en sus obras a la manera de una gran columna de fuego, cuyas llamas buscan siempre el infinito. Educado en el crisol de la República, sostenido su temperamento entre la

fuerza de Roma y la belleza de Atenas, rica su mente con las exploraciones del mundo de la tradición, donde sus células cerebrales aprisionan al mismo tiempo el perfume de la rosa de Alejandria con el pensamiento color de espiga de los persas refinados, lleva Valero Pujol un escudo que es como si se dijera un gran disco en donde hay una soberbia concreción de soles, brillante resumen de lo que vale el hombre insigne.

Mi espíritu ha ido y ha conocido, en un vuelo mítico, cabalgando en el pegaso de la inteligencia máxima de Valero Pujol las regiones azules de la suprema armonía y de la divina poesía. Si en el vuelo de las grandes quimeras Valero Pujol es magnífico, su pensamiento gusta sobre todo vestirse el coturno griego y preside con Clio y Melpómene, con Galiope y Némesis la elocuencia, la justicia, la traje-

dia, los grandes heroísmos, camino entre los abismos de la negra Historia y sube a las blancas cumbres de la misma, ve, en fin, con Esquilo el incendio de las pasiones, las llamas que consumen a los hombres y la fiera que aniquila y mata las conciencias en una agoría que Rabelais oye a carcajada.

Cuando Valero Pujol se encamina firme y poderoso cargada la razón de lógica, entre los vastos dominios de la Historia, me parece que sobre los césares raquíticos cada una de sus palabras cae como metal derretido, y que sobre los hombres vanos se disuelve la tormenta de su verbo convertido en rayo, en ola gigantesca que arrastra todo aquello que fué muralia para la virtud y roca para libertad.

Sentado en el trono de la Historia, a modo de un dios olímpico, tiene un trueno perenne que canta y repercute por todos los orbes las acciones insignes de los espíritus nobles.

Pertenece Valero Pujol a esa le-

gión de Españoles que en el siglo pasado y presente han luchado y lidian todavía porque renazca la patria libre y poderosa, como fué cuando cada ibero era un Quijote y cuando cada ruído de león era oído como una tempestad en todos los continentes.

Muerto Castelar, desaparecido Pi y Margall y Salmerón, se creía que el partido republicano había también fallecido; pero apenas apagadas esas tremendas voces apocalípticas, brotaron mil que han cruzado la Península envueltas en esos prestigios que arrastran a los pueblos hacia las divinas locuras de la libertad.

Mañana será España república; mientras ese triunfo suena, me figuro a don Valero Pujol parodiando a Mazzini: «Morir sin ver a España república, sin ver la patria, oculta por la última nube de nuestras desventuras, es peor que morir sin contemplar el cielo con su leyenda de estrellas, y las flores con sus nidos de amor.»

S. Martínez Figueroa.

CHARLESTON

a Hilda Santillana

POR GILBERTO GONZALEZ Y CONTRERAS.

Charleston: ¿De dónde descendiste hasta nuestra sensualidad?

¿Qué tierra cálida y bárbara
vió abrirse en flor a tus primeras contorsiones?

¿Acaso de la selva africana,
impenetrable y misteriosa,
llena de fórmulas mágicas,
viniste a volcar en nuestra sangre
este ardor, esta inquietud, esta llamada
a los instintos formidables
que nos transforma en estatua en llamas?

¿Por qué un día, de repente, sentimos en los pies
la alegría jocunda de una salvaje danza,
y saboreamos con fruición

enloquecidas asonancias,
ritmos que llevan al universo primitivo,
cálidos estupores de nuestra ardiente raza?

- La nebulosa de la música vierte como un río
atracciones sensuales a nuestra carne, blanda
a todos los olores de perversión, a todos
los ritmos inencontrados que el instinto reclama.
Charleston: veneno que se infiltra gota a gota
a cada
contorsión de los muslos
y de los pies que avanzan.

Charleston lujurioso, charleston jocundo, charleston soez:
sabía de la tierra sorvida por las plantas
bailadoras,
por las infatigadas
piernas de las muchachas sin prejuicios,
de las muchachas que se embriagan con la danza.

¿No ves, charleston loco,
de qué manera los ojos se brillan
a tu influjo;
de que modo por tu impulso alcanza
a limpiarse el cerebro de prejuicio y moral,
y la tierra no gira, sino baila?

Esta noche encarnaste
en Hilda Santillana,
charleston que vienes del fondo de la selva,
poseído del lujo de las fieras en brama.

En el escenario
saltó la muchacha,
y eran sus modos de río en la noche,
de cristal con luna, de serpiente en llamas.

Gira,
gira eternamente,
gira en la música bárbara,
gira al fondo del tiempo,
gira en la sangre que se exalta,
gira en el sensualismo,
gira en el sexo, casta,
gira en el vértigo,
a través de todos los espasmos, todas las disonancias;
a través de todas las almas, de todos los anhelos, de todas
las oscuras ansias.

Gira y quema al pasar los ojos y la sangre,
quema los ojos que te miran, la sangre que te aclama,
quema los nervios deshechos en la música,
quema la voz en la garganta,
y el hombre siente el aletazo formidable
del instinto primario que posee y abraza.

Me siento, Charleston, en tí, y en la bailadora,
 poseo por el ansia no saciada,
 colgado en el trapecio de los vértigos,
 fermentando en el mosto de las razas.
 Me posee el anhelo de infinito,
 el hambre eterna y descorazonada,
 y el cuerpo que la angustia
 con sus arados labra,
 se me está volviendo fluido,
 resbaladizo,
 sin materia pesada.

La distancia que va de cuerpo a cuerpo
 se empequeñece con la que hay de alma a alma,
 y tú destruyes
 a ambas,
 charleston dislocador,
 charleston que de la cabeza a las plantas
 de los pies
 mandas
 en el sentido con que la bailadora
 interpreta la música bárbara.

Charleston—

Charleston—

Charleston—

embriagas
 en olas que rompen los planetas
 y la quietud desplazan,
 dejándonos frente al enigma de los sexos,
 bajo la fiebre que la carne abraza.
 El cuerpo de la mujer en torbellino,
 de la mujer que baila,
 acaricia la sangre
 y los ojos dilata,
 Charleston diluido en la nada y el todo,
 Dios todo y nada,
 Charleston que alientas
 en gestos y palabras,
 Charleston violento—
 Charleston que resbala—
 Charleston de rebelión—
 Charleston de la mente primaria—
 Charleston amasado de fiebres y de vértigos—
 Charleston que rejuvenece la carne acongojada—
 Charleston que anula el miedo de la muerte
 porque has trenzado el mundo en una sola danza!

Junio 1932.

La Molienda

POR ARTURO AMBROGI.

(Del libro «El Trópico»).

La molienda, como era costumbre, debía de principiar poco después de media noche. Los mozos, soñolientos, iban preparándolo todo, a la luz de los humeantes candiles de gas. Del cercano potrero llegaban las dos primeras yuntas, y por el sendero en recuesto de los cañaverales, sonaban los porrazos de las carretas que se encaminaban a iniciar el cotidiano acarreo de la caña. Aun no habían cantado los gallos. La noche estaba frescecita; tachonado el cielo de luceros que dejaban fluir sobre la tierra oscura un tenue clarror de plata.

—*Arimá* la yunta.

La yunta se aproxima al trapiche. En medio de la obscuridad, el grupo aparecía desdibujado; pero por el manchón betuminoso que producía, más intenso aún que el ambiente que le rodeaba, debía de ser una soberbia yunta. El arreador la empujaba hacia la *mijarra*, con gritos estentóreos, que repercutían en el silencio nocturnal.

—El tordo va adentro o va *ajuera*?

—*Ajuera*, hombre.

Colocados los bueyes a uno y otro lado de la *mijarra*, el *Chele Cande* principió a enyugarlos. La tarea no era difícil. Aquellos bueyes eran de lo más manso y aguantadores: de lo más selecto de la hacienda. Estaban ya bien acostumbrados a la reciedumbre de la labor. Eran de esos que los campesinos llaman, por antonomasia, "bueyes moledores", y los cuales, durante la temporada, son harto solicitados. Una vez concluida la operación, el *chele Cande* encendió su Chirilagua, y yendo a sentarse sobre una piladera que por ahí andaba rodando, esperó el mo-

mento de entrar en funciones, él y sus bueyes.

La noche iba de corrida. En lo alto de un árbol cantó un gallo. Su clarinada metálica y vibrante, se displayó, sola, aislada, aguda como punta de puñal. Los demás gallos no contestaron al alerta. Segundos después, nueva clarinada resonó; pero esta vez coreáronla, avizores, dos, tres, hasta siete gallos más. Fué una jocunda algarada, una belicosa diana matinal, que hizo prorrumpir en ladridos a la jauría de la hacienda, y gruñir a los cerdos encorralados en el chiquero.

—Apúrese que va amanecer.

—Qué horas son?

La voz no contestó.

Uno de los mozos, después de indagar en el cielo el brillo de los luceros, que iba atenuándose paulatinamente, afirmó:

—Deben de ser *asina* como las tres.

A lo lejos sonaba el río, rodando entre el arisco peñascal. Un filo de luz carminosa ribeteaba la cumbre de las montañas. Era como un rasgo caprichoso, como una sutil línea de lápiz al contorno de las masas difusas. El horizonte comenzaba a teñirse de nácar, un nácar débil, translúcido, casi fluído. Soplabá una brisa que se insinuaba y mordisqueaba en la piel, como millones de alfileres. Alguien estornudó ruidosamente.

—Jesús te ayudel, glosó una voz, ronca, dormijosa.

De nuevo el estornudo resonó, estruendoso, como un petardo. La voz, ronca, dormijosa, volvió a exclamar:

—Jesús te ayudel!

En el entretanto se oía el golpear

de los mazos de madera afianzando las *cadena*s de *chilamate*, remachando las *castigaderas* de cedro. En el profundo silencio de la noche agonizante, aquellas mazadas resonaban, agrandadas, rudas, y percutientes como batanes. Súbito, el ruido cesó.

Entre la claridad, incierta aún, comenzaban a diseñarse, con mayor nitidez, las formas. Bajo el amate, al relumbre pálido que alcanzaba hasta esa zona, se bosquejaba el trapiche a gruesos trazos. Al alrededor, desfilaban siluetas borrosas. Se deslizaban con el quedo automatismo de sombras chinescas. Iban, volvían, se entrecruzaban. Pero poco a poco, conforme al amanecer se acentuaba, aquel enjambre de sombras iba perdiendo su misterio. Y ahora se distinguía claramente el trapiche, bajo el frondoso amate, y al extremo de la *mijarra*, al *Tordo* y *Chilitoto* enyugados, esperando, quietos.

Se oyó de pronto una voz, tronando colérica:

—Por qué diablos no han principiado todavía? Ya se les *dentró* el día.....

—Patrón — contestó un mozo a gritos pelado, para que pudiera oírlo perfectamente el amo, desde el corredor de la casa.—El señor Tacho no ha venido todavía.

—No ha venido? Y eso?

—Asaber, patrón.

El señor *Tacho* era el otro moleador. Era un hombre formal, estricto cumplidor de sus obligaciones. Por eso al patrón le extrañaba lo que ocurría. Llegóse refunfuñando, hasta el trapiche. Era un hombretón recio, cuadradote. Iba bien abrigado en una bufanda de lana negra. En la boca, entre las cerdas encrespadas del tupido bigote, ardía un puro. Dió la vuelta al rededor del trapiche, examinándolo. Luego *tanteó* el enyugado de los bueyes, sobándole a éstos el testuz.

—¿Qué le habrá sucedido a *Tacho*?

Nadie respondió, ocupado como estaba cada cual en lo suyo. Los dos cañeros, machete en mano, iban rebuscando en la gran pila de cañas, echando de lado las más delgadas. Una vez seleccionada la caña, sujetaban por un cabo los tallos morados, y los iban dividiendo de un solo golpe en dos pedazos. A uno y otro lado del trapiche, al alcance de cada uno de los moledores, iban elevándose los pantes.

—¿Se *jueron* ya las carretas?

—Sí, patrón.

—¿Y quiénes *jueron* con ellas?

—*Chico* y el *Zurdo*.

—Y a quién diablos se le ocurrió *inviar* a ese inútil?

La voz del patrón había vuelto a irritarse. Era un hombre de genio agrio. Cualquiera minucia le exasperaba, y le hacía chisporrotear de súbita cólera.

—Como no vino Serapio....

—Nó vino? Y qué le pasa?

—Nada. Que lo citaron de la hacienda y no tuvo más remedio que *air*.

En esto apareció un hombrecillo bajete, cenceño, en mangas de camisa y con el sombrero de fieltro canelo, todo apabullado y cochambroso, echado sobre los ojos.

—Aquí está ya el señor Tacho— apuntó alguien.

El patrón, que estaba ayudando a apilar caña en los pantes, se volvió, rápido:

—Qué le había sucedido, compadre!

—Don *Ulogio*, es que la *Petrona* pasó mala noche.

—Y eso?

—Que le cayó el *mesmo* dolor de siempre en el costado y no ha pegado los ojos en toda la *puerca* noche.

—Pobre comadrel!

Y no hubo más.

A los pocos instantes, el trapiche comenzaba a chirriar. Tacho y el *sapo* Manuel, a entrambos lados, habían metido ya la primer brazada de caña entre los *hijos* de corazón de copinol. Chirriaban éstos, temblequeantes, comunicando su trepidación a las cureñas de quebracho, bien sembradas en tierra. El jugo de los tallos crujientes, escurría copioso, empapando los rollizos *hijos*, para luego ir cayendo a chorros en el amplio *batellón*.

Una carreta llegó. Venía cargada de caña hasta los topes.

—De *onde* es—preguntó Tacho, sin soltar la brazada y vigilando la maniobra de la *madre*.

Todita es del rincón del *Coyol*—contestó el carretero, principian-do a soltar las amarras.

—Entonces *echala* de este lado. No la vayas a revolver con *lotra*, que es del plan.

Comenzaron a descargar la carreta. Era toda caña morada. No tan rolliza como la del plan. Era delgada, cortada, dura de chupar; pero era también la que más rendía de todo el cañaveral. El dulce que daba era un dulce *chele*, azucarado. Ni el *dianche* le metía diente a una tapa; dándole contra el empedrado del corredor, se astillaba; pero no se partía. Era dulce de primera.

Había amanecido por completo. El sol difundía por los ámbitos la caricia de sus rayos acaramelados. En la punta de los escobillales, lentejueleaban las gotas de relente. Se oía a las *guacalchias* que alborotaban entre las pencas de pña de las cercas, y a los clarineros, que en las sumidades de la ceiba, sonaban sus clarines en estruendosa fanfarria. La humedad de la noche se disipaba. Era una agradable tibieza la que, lentamente,

iba impregnando la atmósfera. Los últimos cendales de bruma se habían fundido. El patrón desanudóse la bufanda del cuello, y con ella tirada al hombro, se encaminó a la casa. Era la hora del desayuno. En un extremo del corredor, en la tosca mesa de desnudas tablas de pino, esperaba, humeante, la *jarrilla* de café con leche; saltaban en la chirriante manteca de la tiznosa sartén los apetitosos frijoles; envueltas en la servilleta de hilo de rojas guardas, las tostadas tortillas despedían su provocante aroma.

—Pobre *ña* Petronal!—compadeció el *sapo* Manuel, que de cuando en vez iba a dar una *ayudita de cuma* al guatal del señor Tacho, y sobre todo, que era estómago agradecido.

—Todita la noche ha sido un solo quejido! En cuanto el dolor le pegaba en un lado, le pegaba del otro. Hasta bien de mañana se *jué* quedando dormida

—Y qué será?

—Pues don *Ciro* hace años dijo que era *cólico miserere*.

El Macho, acurrucado a la vera del amplio *batellón*, iba colmando el cántaro de lata. Antes de llenar el huacal, apartaba con el dorso de éste, las hilachas del bagazo que flotaba entre la espuma.

—Cuál están llenando?—le preguntó *Tacho*, dándole suavemente en la espalda con la rodilla para llamarle mejor la atención, pues el *Macho* era algo dundo.

—El *grandote!* El b... no quiere llenarse. Está apenas arribita de *la mitá*. Al chiquito le *hemos* echado cuatro cántaros, para que no se quemé.

Y siguió llenando el cántaro. Una vez lleno, lo sopesó primero, tomándolo de entrambas asas, y en seguida, acompañando el esfuerzo de un pujido, lo alzó hasta el hombro. El puesto abandonado, fué

ocupado al instante por Lolo, el otro acarreador de caldo.

El horno, no muy alejado del trapiche, humeaba como un infiernillo. Bajo la galera de teja, el horno de adobes, repellido de tierra blanca, contenía dos peroles. Uno grande, que daba dieciocho pesos de dulce, reales más, reales menos. El de al lado, que rendía siete pesos y medio. El horno era de reverbero, lo que permitía alimentar el fuego con bagazo seco. Con ese objeto, un bagacero iba recogiendo, y lo tendía al sol, sobre el escobillal. El hornero formaba las pelotas, y atarugándolas en la boca del horno, introducías, empujándolas con una pértiga de bambú. El consumo de leña resultaba de esa manera insignificante.

El perolón acababa de llenarse. El caldo comenzaba a hervir. Se iba formando encima una nata espesa, viscosa. El *puntero* había echado el *mosote* que comenzaba a purgar el caldo. Las impurezas iban siendo expelidas. El hervor acrecía, acrecía de diapasón. Era casi un gruñido. El Macho y Lolo trasegaron las dos últimas cantaradas.

—*Avivá el juego, Chomóoo*— ordenó Justo, el *puntero*.

Breves instantes después, el hervor amenazó rebalsar. Justo, entonces, empuñó el fumillón y comenzó a limpiar la costra de espuma. Era de un denso color hollinoso.

Conforme iba sacándola, la arrojaba a un lado. El caldo iba quedando limpio. El hervor agitaba el líquido, ambarino como Pilsener, con mayor viveza aún. Las burbujas se levantaban en racimo, y estallaban, sonoras. Mientras tanto, iba formándose una nueva espuma. Sin dejar de ser sucia, era de un color más claro que la primera y resultaba del mismo gris de los chipustes del cañaverl: un gris de lino.

Poco a poco la capa fué espesándose.

—Ya está muchachol— gritó el *trompudo*, el hijo de Justo, que no se había apartado un solo instante del horno, esperando ese momento. Una turba rodeó al *puntero*. Quién apartaba un tarro, uno de esos tarros de morro, amarillos, duros como laca; quién un *huacal*, quién una sartén, un resto de olla; había hasta quién llevara en manos, una *cazueleja* de lata, toda pringosa. Eran los *espumeros*. Justo comenzó a limpiar la perolada. Iba, cuidadosamente, rebañando la espuma. Alzaba, lleno, el *fumillón*, e iba vaciando su contenido en los trastos que le tendían. Pero entre los *espumeros* encontrábase uno que podríamos calificar de perfecto *gourmet*. Era el que, cortando una hoja de amate, se arrimaba a la propia orilla del horno, e importándole un bledo el recibir en plena faz el aliento caliginoso del caldo hirviente, iba recogiendo de los bordes del perolón una espumita fina, pegajosa, que comenzaba a ser rubia, y, que formaba, a todo el derredor, una fina orla. Iba recogiendo con el filo de la hoja, a manera de rústica cuchara, aquella golosina, y la saboreaba, como un gastrónomo podría saborear un exquisito adobo.

—Ya está. Quítense *diay*.

El caldo había perdido el primerizo tono ambarino. Poco a poco comenzó a obscurecerse. El herbor era ahora parejo, bien nutrido. La burbuja de la ampolla se elevaba apenas, sin estallar. La espuma, que en pequeños círculos se condensaba en el centro del perolón, era clara. A los bordes, la orla tenía un tono de caramelo. El caldo estaba en agua-miel. Justo había dejado a un lado el fumillón y empuñado la *pacaya*, cuyo tarro, amarrado al extremo del palo, no estaba cribado. La introducía hasta bien

dentro, sacándola, chorreante, la vaciaba desde lo alto. El hervor era ahora a borbollones. Subía a cada instante, amenazando desbordar, a pesar de que el nivel del contenido había bajado casi a la mitad. A fuerza de *pacayasos*, Justo lograba contener tal ímpetu, y el líquido, dominado al fin, se quedaba quieto, por un instante, en el fondo del perol, gruñendo sordamente, como si refunfuñara. Era como una protesta ante aquella imposición. La miel en seguida pasó por el *punto de miel de mesa, miel de dedo*, y cuando llegó al punto de *batido*, el puntero gritó sin dejar de *pacayar: Trompis! Tré los trastes!*

Los trastes para fabricar *batidos*, estaban listos, recién humedecidos. En cada uno de ellos, Justo fué vaciando la miel necesaria. Así que concluyó la operación, dejó la *pacaya* cruzada sobre el poyo para que escurriese. La miel del perolón se había quedado quieta. El hervor apenas se sentía. Justo tomó uno de los trastes y echando mano a una paleta, comenzó a batir. Al rededor suyo, los vecinos, en enjambre, reían, charlaban. Alguna broma hacía reventar las risas, y ruborizarse hasta donde les fuera dable, a las mujeres. Porque de todo había allí congregado; viejos, jóvenes, viejas, muchachas, niñas. Todo el mundo acudía a la finca del valle en que se verificaba la molienda, por lejos que estuviera. Cuando comenzaba a chirriar el trapiche, iban apareciendo. Primeramente, uno, dos; solos, bostezando y tiritando, friolentos a pesar de ir envueltos en sus cobijas. Luego acudían por parejas. Al amanecer, era una romería la que invadía el patio. Pero todos ayudaban en algo. Quien iba, siempre que se lo pidieran, a hecharles brazadas de cogollo a los bueyes

recién desuncidos, y a los que esperaban su tarea; quiénes ayudaban a tender sobre los escobillales, al pleno sol, los bagazos húmedos para secarlos; quién iba a acarrear el agua de la pileta del cercano platanar. Pero eso sí, se juzgaban con derecho a chupar toda la caña que le viniese en gana; a *comerse* el vicio, a chupar la espuma, a *lamber* los chorretes de miel, que quedaban pegados a las pelotas; a *galgpear* las lágrimas de los *batidos*, las calientes gotas de las tapas en los moldes acabados de vaciar.

—*Trel* anís y la canela. Ah! Y mira si *hallás* unas cascaritas de limón.

Era el aderezo consiguiente de los *batidos*. Después de espolvorear con las solicitadas especias la masa que iba endureciéndose, con una hábil maniobra de paleta, la enrolló, y levantándola con destreza suma, la fué acolocando, hasta dejarla plantada, con las formas clásicas de los *batidos*. En seguida, tomó otro. El resto fué obra de la colaboración de los *espumeros*; pero siempre bajo el ojo escrutador de Justo.

En el perolón, la miel comenzaba a *brincar*. Eran grandes ampollas correosas que se levantaban, y sin quebrarse, volvían a caer, formando como alvéolos de colmena. La ebullición era acelerada, a las orillas. La miel estaba entrando en *punto de dulce*, y para probarlo, Justo sacaba en la *pacaya* un poco de ella, y chorreaba una lágrima en agua fresca, para ver si coagulaba. Luego metía la mano en el *huacal*, y pescando el *goterón*, lo sacaba e iba amasándolo entre el dedo pulgar y el índice, alargándolo como un elástico, para ver si daba el *punto* requerido. Luego arrojaba la pelotita en el perol, y empuñando nuevamente la *pacaya* seguía

batiendo, removiendo, la miel, que despedía espesas oleadas de apetitoso vaho.

—*Trompis! Arremojá* los moldes.

El *Trompis*, ayudado por unos cuantos oficiosos, comenzó a remojar el par de grandes moldes, labrado en troncos de aguacate. Cada uno de ellos contenía dos hileras de hoyos, en forma de conos truncados. En seguida los volcaron, para que fueran escurriendo el agua, y comenzaron a recoger bagazo seco, para tejer, bajo los moldes, una estera, con el objeto de que, al caer las *tapas*, no se llenaran de tierra.

Arrimen las ollas. *Aprisa!*

La miel estaba de punto. Era necesario desocupar el perolón prieto, presto. Un instante más, y se quemaba la miel. Justo la agitaba con furiosos *pacayazos*, e iba echando *huacaladas* en las ollas de barro, las cuales estaban recubiertas por lo bajo de cuero de res para evitar en el caso de que se *descularan*, que la miel se derramase. Una vez la olla a la mitad, la retiraban, y el batidor tomando una paleta, comenzaba a agitar el contenido. Así llenó hasta cuatro ollas, y al concluir, Justo arrojó un balde de agua dentro del perolón, y con la *pacaya*, comenzó a removerla dentro, y a bañar los costados del candente hierro, que chirriaba al recibir el aspersion. Era para evitar que el perolón se quemase. (Los *gourmets* de las moliendas, echan después en cántaros ese calducho turbio y dejándolo fermentar por algún tiempo obtienen el *guarapo*, que es una deliciosa bebida). Al rededor de las ollas en que se batía el dulce, se agrupaban los curiosos. La miel se ponía blanca unas veces, otras se amelcochaba, y daba el dulce *acerado*; cuando la miel se oscurecía, cobraba un tinte de cachaza, y el dulce era despreciado.

Había que llevarlo a la capital, y venderlo a dos por uno, en la Administración de Rentas. Esta vez, la miel no estaba muy blanca; pero tampoco había peligro de que se amelcochara. Era de la caña del plan, y de esa no había que fiarse. La segura era la del rincón del *Coyol*. De cuando en cuando, Justo tomaba la paleta de mano de uno de los moledores y con los dedos remojados en agua fresca, arrancaba una mota de dulce y la amasaba entre los dedos. Luego, la arrojaba en la olla.

—*Délen aprisa*, muchachos!

Las paletas se agitaban de nuevo sin descanso.

—Cuidado, Chico! gritó, de pronto, Justo. Y de un salto se plantó al lado de la olla que Chico paleteaba. Se inclinó a examinarla.

—*Tené* más cuidado. *Créi* que la habías *rompido*. No le *dés* tan *juerte*. *Dále parejito. Asina*. Y tomando la paleta, le hizo ver cómo debía batirse. Chico volvió a la tarea, procurando ceñirse, en un todo, a la breve explicación.

Ya el dulce de una de las ollas estaba en punto. Entre Justo y el batidor, la alzaron, y colocáronla, medio embrocada, al borde de los moldes, suficientemente oreados. Con una paleta chica fué Justo arrollando el dulce y vertiéndolo, a chorros, sobre las hileras de hoyos. El dulce humeante y correoso, se amontonaba, y rodando, amenazaba rebalsar. La paleta perseguía hábilmente aquel escurrimiento, y cogiendo el dulce, lo arrastraba, lo empujaba hacia los hoyos. Una vez rellenos estos, la paleta pasaba y repasaba sobre el molde, para que, al cristalizar las *tapas*, resultasen uniformes. Una vez vaciada la olla, se hizo la misma operación con la siguiente y así sucesivamente con las dos restantes. Cuando la última olla quedó desocupada, y los

moldes completos, Justo fué al horno. El agua con que había lavado el perolón, humeaba. Con la *pacaya* lo fué desocupando, y una vez listo, principió a pasar el caldo que comenzaba a hervir en el perol mediano. El *macho* y Lolo comenzaron de nuevo a transportar el caldo del colmado *batellón*. De cuando en cuando, Justo, que preparaba el *mosote*, o lavaba sus trastos, se aproximaba a los moldes, para cerciorarse del estado del dulce.

—Todavía le falta!—sentenciaba, después de palpar algunas *tapas*. Y tornaba al horno.

—*Echále bagazo, Chomo!*

El fuego se avivaba. Una gran lengua de llama carminosa, surgió de la boca del horno, y lamiendo la hollinosa pared, llegó hasta el techo de la galera.

En los moldes, el dulce había solidificado, por fin.

—Ya está. *Voltéyenlos!*

Los moldes fueron invertidos. Alguna que otra *tapa* cayó, espontánea. El resto quedó apelmazado en el molde.

—*Golpéyenlos!*

Con toscos mazos, fueron golpeando el reverso de los moldes. Las *tapas* caían.

Justo tomó una, la frotó y refrotó con la palma de la mano, y después de examinarla, dándole vuelta en todo sentido, sentenció:

—*Está gueno! Agora déjenlo que se oreye.*

Los officiosos fueron extendiendo el dulce sobre la estera de bagazos. Alguno que otro, goloseaba algún chorrete que desfiguraba la forma cónica de la *tapa*. Justo, que le alcanzó a ver, le regañó:

—No seas listo. No las *pelisqués*.

El patrón llegó en esos momentos, y poniéndose de cuclillas, comenzó a contarlas. Cuando concluyó, anunció la cantidad:

—Dieciocho pesos tres *riales!*

Y sonrió bajo el áspero bigote. Entre las erizadas cerdas, teñidas de nicotina, los desportillados dientes sarrosos lucieron sus astillas nauseabundas.

—Juan! Comiencen a *acarriar*—ordenó— Y tengan cuidado de no revolver éste con el otro. Pónganlo en el rincón de este lado. (Y con la mano indicaba la izquierda). *Véyan* de no *golpiarlo* mucho.

El patrón fué al horno, y se quedó un instante con los ojos clavados en el caldo, que borbolloneaba y que iba cubriéndose de una espuma espesa y betuminosa. Después dando vuelta, se asomó a la propia boca del reverbero.

—Hay que cambiar la *cabecera*, Chomo. Ya está muy quemada.

Chomo, el hornero, fué a buscar un troncón adecuado, para sustituir el otro, casi carbonizado.

En el entretanto, el trapiche chirriaba. El sol, que promediaba el cielo, hondo y cabrilleante, acibillaba la tierra reseca con la furia de sus rayos ardorosos. La hojarasca de los árboles brillaba con relumbres metálicos. Por el azul implacable, desfilaba una teoría de zopilotes. Una nueva carreta llegó, y comenzó a descargar caña morada, cuyo montón iba creciendo, creciendo, y casi topaba ya con las ramas bajas del amate.

—Hay caña suficiente para las peroladas que faltan?

—interrogó el patrón.

—Sí. *Y entoavía* queda para mañana.

—*Ajá!*

El patrón dió unas vueltas más. En seguida se alejó, de nuevo, hacia la casa. Era la hora del almuerzo. Nadie más puntual que él en esos dilectos menesteres.

En ese mismo momento las mujeres de la cocina llegaban, trayendo el *yantar* de los *molederos*.

—*Desenyugá, shashaco;* y los

apersogás bajo el *jocote!* — odenó Tacho.

Y el señor Tacho y el negro Manuel cojieron, cada cual, de manos de la mujeruca, un gran cuenco de barro. En él humeaban los frijoles y el arroz. En un canastillo aparte iba el pedazo de *cuajada*

en una tusa, e iban también las tortillas, envueltas en una servilleta de hilo. Se apartaron un poco. Llegáronse hasta la sombra de un *palo de pito*. Y sentándose cómodamente sobre la yerba mullida principiaron a almorzar con envidiable apetito. •

LECTURA DE LOS CLASICOS

BALTASAR GRACIÁN.—Insistimos: los jóvenes, en su mayor parte, no leen sino cosas fútiles, sin sustancias, esa literatura barata, donde los adjetivos abundan, y no las ideas claras y generosas, propias para fortalecer el espíritu. Para obtener una sólida cultura, no es preciso la cantidad de los libros, la calidad es lo más interesante. Así lo recomiendan los maestros de hoy. Don Miguel de Unamuno no tuvo grandes bibliotecas en su juventud. Le bastó la de su padre de pocos libros, pero libros básicos: la Historia, la Filosofía, todas las obras de Balmes, los clásicos, etc.

Firmes en lo anterior, proponemos que la juventud salvadoreña fortifique su mente con lecturas saludables, jugosas, sencillas y profundas. Y esto es muy fácil. Los clásicos nos han dejado la fuente inagotable de sus obras donde campea la claridad, el despejo. Allí se bebe sin fatiga y sin esfuerzo.

Por ahora proponemos a Baltasar Gracián. Sus libros son de estilo inimitable. Reunen la condición de ser sencillos y profundos. Tienen la gracia de los libros de Mateo Alemán y de Francisco de Quevedo, aventajándolos en profundidad. Destilan sabia; son puros conceptos. Del autor han dicho: «Es artista, no de

fuera adentro, como los realistas; sino de adentro a fuera, como los verdaderos filósofos».

«El Criticón» es ajeno a los ripios, no es para la vulgaridad y tiene esa frescura eterna de las obras maestras. Del prólogo entresacamos estos cortos párrafos: «El Criticón» es raudal bullente y despeñado, que salta de un sólo chorro y corre por entre peñascales sin el menor tropiezo, arrollándolo todo y cual si deslizase por un cauce de arena».

Además de «El Criticón» existen otras obras importantes de Gracián. Tenemos sus tratados donde figuran: «El Héroe», «El Discreto», «El Oráculo Manual» y la «Descripción de la batalla de Lérida».

Julio Cejador, una de las más altas autoridades del habla castellana y que merece el envidiable título de crítico, asegura que Gracián es el más grande pensador de la raza hispana y uno de los grandes pensadores de la Humanidad.

Por lo que hemos leído de Gracián y por los conceptos de la crítica de Cejador, nosotros no vacilamos en recomendar a la juventud salvadoreña los libros del pensador español.

Obras valiosas de la Biblioteca Nacional de El Salvador

Mission scientifique au Mexique Et dans L'Amerique Centrale Ouvrage-Publie por ordre de S. M. L'empereur et por les soins del Ministre de L'instruction Publique. 1 tomo.

GEOLOGIE

La Imprenta en Guatemala. (1660 1821). José Toribio Medina. Santiago de Chile. Impreso en la Casa del autor. 1 tomo M. C. M. X. 1 tomo.

Romancero General, en que se contienen todos los Romances que andan impreffos en las nueve partes de Romanceros. AORA NUEVAMENTE impreffo, añadido, y enmendado. Año 1600 con licencia en Madrid, por Luis Sánchez. A. Cofta de Miguel Martínez.

Historia Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano, por el Capitán Gerardo Fernández de Oviedo y Valdés. Primer cronista del Nuevo Mundo. Publicala la Real Academia de la Historia, catejada con códice original, enriquecida con las enmiendas y adiciones del autor, e ilustrada con la vida y el juicio de las obras del mismo, por D. José Amador de los Ríos, individuo de número de dicho cuerpo, Catedrático de ampliaciones de la Literatura Española en la Universidad de esta Corte. Año 1851. 4 tomos. Madrid.

Historia General de los hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra-Firme del Mar Oceano. Escrita por Antonio de Herrera, coronista mayor de su Magestad de las Indias y coronista de Castilla y León. Década segunda Al Rey Nuestro Señor. En Madrid. Año 1726. 8 tomos.

Relation des chases de Lucatan de Diego De Landa. Texte Es-

pagnol et Traduction Francaise en regard compremaut les signes du calendrier et de l'alphabet Hierogypphique de la langue Maya, etc. etc. Por L'abbé Brasseur de Baurbourg. Paris. 1864. 1 tomo.

Tacite. Traduit. Par Dureau de Lamalla, de L'académie Francaise. Avec le Texte latin en regard. Quatrieme Edition. Revue, corrigée et augmente des supléments de brotier. Traduits pour la premiere fois. Par M. Noel, Chevalier de la Legion D'honneur, suspecteur.

Genérale des études membre de Plusieuos Societes savantes. Avec des portraits d'apres les monuments, et une carte de L'empire romain. A. Paris. M. D. C. C. C. XVII. 6 tomos.

Historia General de las Indias occidentales, y particular de la Gouernacion de Chiapa, y Guatemala. Efcrinefe justamente los principios de la Religión de Nueftro Gloriofo Padre Santo Domingo, y de las demás Religiones.

Al Conde de la Gomera del Consejo del Rey Nueftro Señor, fu Presidente y Capitan General.

Por el Presentado Fray Antonio de Remefal de la Orden de Predicadores de la Provincia de Efpafia.

En Madrid.

Por Francifco de Abarca.

Año M. D. C. XX.

Historia General de los hechos de los Castellanos en las islas i tierra firme del mar océano, escrita por antonio de Herrera Cronista Maior de su Md. de las indias y su coronista de Castilla. *De cada-tercera* al Rey Nuestro Señor. En Madrid en la emplenta Real 1601.

Códice Maya, denominado «Cortesiano» el original consérvase en el Museo arqueológico Nacional de Madrid.

Reproducción fotocromolitográfica

ordenada en la misma forma que el original. Hecha y publicada bajo la dirección de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado y D. Jerónimo Lopez de Ayala y del Hierro, Vizconde de Palozuelos Madrid. MDCCCXCII.

A colores 1 tomo.

Codex Fejervary Mayer.

Manuscrito mexicain Precolombien.

Des free public museums de Liverpool publie en chromophotographie par Le Duc de Laubat.

Paris M. DCCCI 2 tomos.

(Pergamino)

El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuefto por Miguel de Cervantes Saavedra. Dirigido al Duque de Beiar, Marques de Gibrleon, conde de Benalcacar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de capilla, curiel, y Burguillos por Juan de la Cufta. Año 1605. 3 tomos.

Códice Matritense del Real Palacio Historia de las cosas de Nueva España Mexico Ediciones del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. 1 tomo. Ilustrada en colores.

Manuscrit mexicain du fabine de

ch. U. Le Feller Paris 1799 lusto 1 tomo.

«Historia General de España, desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII, por don Modesto Lafuente, continuada desde dicha época hasta nuestros días, por don Juan Valera con la colaboración de don Andrés Borrego y D. Antonio Pivala. Año 1888 24 tomos.

Istoria del Granducato di Foscana, Sotto il Governo della casa medici.

In Firenze MDCCLXXXI

Per Gaetano Cambiagi Stamp Graduale. Año 1781. 9 tomos.

Collection de Documents dans les langues indigenes pour servir a l' estude de L' histoire et de la Philologie de L' amrique ancienne Quatre Letres sur Le Mexique.

M. Brasseur de Bourbourg. 5 tomos.

The Works of Hubert Howe Bancroft History of mexico desde 1521 a 1887. 6 gruesos volúmenes.

Raccolta di Documenti e Studi, subblicati dalla R. Commissione colombiana, pel Quarto Centenario dalla scoperta dell' americana Roma MDCCCXCII 14 grandes volúmenes y suplementos.

LISTA DE CLASICOS CASTELLANOS (1)

Siglos XIII a XVIII

Gonzalo de Berceo.
Juan Ruiz, Arcipreste de Hita.
Pedro López de Ayala.
Príncipe don Juan Manuel.
Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana.
Juan de Mena.
Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera.
Fernán Pérez Guzmán.

Gómez Manrique.
Juan Alvarez Gato.
Jorge Manrique.
Rodrigo Cota.
Juan del Encina.
Fernando de Rojas.
Diego San Pedro.
Antonio de Lebrija.
Hernando del Pulgar.
Garcí Rodríguez de Montalvo.

Juan Boscán.	Lope de Rueda.
Garcilaso de la Vega.	Juan de Avila.
Bartolomé de Torres Naharro.	Fray Luis de Granada.
Fray Antonio de Guevara.	Fernando de Herrera.
Padre Juan de Mariana.	Alonso de Ercilla y Zúñiga,
Antonio Mira de Amescua.	Gaspar Gil Polo.
Francisco de Quevedo.	Diego Hurtado de Mendoza.
Juan de Jáuregi.	Santa Teresa de Jesús.
Guillén de Castro.	Fray Luis de León.
Juan Ruiz de Alarcón.	San Juan de la Cruz.
Vicente Espinel.	Miguel de Cervantes Saavedra
Francisco de Rioja.	Lope de Vega.
Francisco de Moncada.	Rodrigo Caro.
Pedro Calderón de la Barca.	Ginés Pérez de Hita.
Francisco de Rojas Zorrilla.	Cipriano de Valera.
Luis Vélez de Guevara.	Antonio Pérez.
Baltazar Gracián.	Luis de Góngora.
Agustín Moreto.	Mateo Alemán.
Juana Ines de la Cruz.	Fray José de Sigüenza.
Antonio de Solís.	Lupercio Leonardo de Argensola,
Benito Jerónimo Feijoo.	Bernardo de Balbuena.
José Francisco de Isla.	Bartolomé Leonardo de Argensola.
Ramón de la Cruz.	Tirso de Molina.
José Cadalzo.	El Inca Garcilaso.
Juan Meléndez Valdés.	José J. de Olmedo.
Gaspar Melchor de Jovellanos.	Jose María Heredia.
Leandro Fernández de Moratín.	Francisco Martínez Marina.
Manuel José Quintana.	
Juan Nicasio Gallego.	
Andrés Bello.	
Juan de Valdés.	
Cristobal de Castillejo.	

Iniciativa tomada de la Revista «La Escuela» Costarricense.

Organización Bibliotecaria de Guatemala

En editoriales anteriores hemos manifestado la urgencia de impulsar la cultura popular por medio de la Biblioteca o salas de lectura. Por ahora, de acuerdo con nuestras ideas, iremos publicando la organización bibliotecaria de los países Centro-Americanos.

Damos principio con la organización Bibliotecaria de Guatemala.

Biblioteca Nacional.	Guatemala,	Guatemala.
Biblioteca de la Asociación de Estudiantes Universitarios.	Guatemala,	Guatemala.
Biblioteca de la Facultad de Farmacia.	Guatemala,	Guatemala.

Biblioteca de la Facultad de Medicina.	Guatemala,	Guatemala.
Biblioteca de la Facultad de Derecho.	Guatemala,	Guatemala.
Biblioteca de la Universidad Popular.	Guatemala,	Guatemala.
Biblioteca del Partido Liberal	Guatemala,	Guatemala.
Biblioteca de la Sociedad El Porvenir de los Obreros.	Guatemala,	Guatemala.
Biblioteca de la Sociedad Unificación Obrera Cooperativista.	Guatemala,	Guatemala.
Biblioteca de la Sociedad de Geografía e Historia.	Guatemala,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Guarda Viejo,	Guatemala.
Biblioteca del Instituto Normal Central de Señoritas.	Guatemala,	Guatemala.
Biblioteca de la Escuela Normal Central de Varones.	Guatemala,	Guatemala.
Biblioteca del Casino Militar.	Guatemala,	Guatemala.
Biblioteca Academia de Maestros.	Guatemala,	Guatemala.
Biblioteca de la Escuela Politécnica.	Guatemala,	Guatemala.
Biblioteca Pública.	San Juan Zacatepequez,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Quezaltenango,	Guatemala.
Biblioteca de la Escuela de Derecho.	Quezaltenango,	Guatemala.
Biblioteca de la Sociedad de Educación.	Quezaltenango,	Guatemala.
Biblioteca de la Sociedad de Artesanos.	Quezaltenango,	Guatemala.
Biblioteca del Instituto Nacional.	Quezaltenango,	Guatemala.
Biblioteca de la Sociedad de Indígenas «El Adelanto».	Quezaltenango,	Guatemala.
Biblioteca del Instituto Normal de Señoritas.	Quezaltenango,	Guatemala.
Biblioteca del Casino Quezalteco.	Quezaltenango,	Guatemala.
Biblioteca Nacional de Hultán.	Quezaltenango,	Guatemala.
Biblioteca Club Tecún Umán.	Quezaltenango,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Amatitlán,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Cobán,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Salamá,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Chimaltenango,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Chiquimula,	Guatemala.
Biblioteca del Instituto Normal de Varones.	Chiquimula,	Guatemala.
Biblioteca del Instituto Normal de Señoritas.	Chiquimula,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Escuintla,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Jalapa,	Guatemala.
Biblioteca del Instituto Normal de Varones.	Jalapa,	Guatemala.
Biblioteca del Instituto Normal de Señoritas.	Jalapa,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Jutiapa,	Guatemala.
Biblioteca Nacional. Asunción Mita.	Jutiapa,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Petén,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Quiché,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Retalhuleo,	Guatemala.

Biblioteca Nacional.	Cuilapa,	Guatemala.
Biblioteca Popular. Pueblo Nuevo Viñas.	Santa Rosa,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	San Marcos,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Tejutla,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Mazatenango,	Guatemala.
Biblioteca Nacional.	Totonicapán,	Guatemala.
Biblioteca de la Sociedad «El Trabajo»	Totonicapán,	Guatemala.
Biblioteca Pedagógica.	Totonicapán,	Guatemala.
Biblioteca Nacional. Momostenango.	Totonicapán,	Guatemala.

NOTICIAS DE LIBROS

POBRE GENTE
POR
DOSTOYEVSKI

Su carrera literaria la inició Dostoyevski con su libro «Pobre Gente». No le dió un triunfo definitivo, pero lo colocó en la línea de los escritores de porvenir. Y así fué. Sus obras posteriores le abrieron las puertas de la fama, especialmente «Crimen y Castigo» considerada como su obra maestra. Cuando la obra que nos ocupa, circuló en el mercado de los libros, Dostoyevski fué objeto de valiosos elogios. Entre ellos está el de Bielinski, crítico riguroso.

Dostoyevski fué un defensor fervoroso del campesino ruso. Por él estuvo confinado en la Siberia, donde escribió varias obras pintando la vida miserable del presidio ruso.

Más de veinte años hace que la Pardo Bazán lo dió a conocer en España. Desde entonces la mayoría de sus libros son traducidos al idioma castellano. En consecuencia, nosotros recomendamos la novela «Pobre Gente», escrita en un lenguaje crudo.

CIEN POEMAS ESCOGIDOS,
RECITACIONES
DE
GLORIA BAYARDO

Esta notable recitadora argentina ya cosechó los aplausos de los públicos más exigentes. Triunfó en algunos teatros españoles y en casi todos los de Sur América.

La crítica seria se reduce a ésto: Gloria Bayardo posee un temperamento vibrátil y vigoroso, voz sonora y rica en modulaciones, fisonomía móvil y expresiva, inteligencia clara y aguda y una gran intuición artística.

Su repertorio de poemas está bien presentado.

EL LIBRO DE LA RAZA
POR
J. BRISSA Y E. LEGUINA

En el prólogo de la obra «El Libro de la Raza» encontramos este interesante párrafo: «A pesar de su carácter antológico, no es este libro una antología en su verdadero sentido, ni la selección de autores y textos está realizada con una finalidad de crítica y depuración. Se trata, simplemente, sugerir en sus lectores de mediana o escasa cultura lo que representa en conjunto el vastísimo panorama de la literatura hispánica. Libro dedicado, nada más, o recordar épocas, estilos olvidados, quizá, en esa lejanía de la educación en la primera juventud, y para muchos traerá a la memoria cosas perdidas, en el continuo afán de la vida cotidiana».

Además de la misión educativa del libro, se adivina en él cierta tendencia a buscar la unidad espiritual de las naciones que hablan la lengua de Cervantes. Todos los escritores de América y España, clásicos y modernos, figuran en el aludido libro, pero sí, dando más extensión a los clásicos, ya que lo moderno es divulgado por los poderosos medios de propaganda, tales como las revistas, diarios y casas editoriales.

PARNASO GUATEMALTECO
POR
ALBERTO PORTA MENCOS

Como dice el colector don Humberto Porta Mencos, en el prólogo de su obra, las mejores poesías de los grandes poetas guatemaltecos figuran en el voluminoso conjunto de 480 páginas.

Para escoger las composiciones que contiene el Parnaso guatemalteco, el autor no atendió a su gusto personal, sino a la crítica serena y al gusto tradicional del pueblo, hasta cierto punto, único pontífice consagrador. Así lo manifiesta el autor.

Sesenta y siete poetas aparecen en esta selección, con sus mejores poesías, muchas de ellas de alto valor literario.

LA CASA EDITORIAL MAUCCI EN BARCELONA, SE DISTINGUE SIEMPRE EN SUS EDICIONES. LAS OBRAS BREVEMENTE COMENTADAS, EN LAS PRESENTES LINEAS, HAN SIDO EDITADAS EN AQUEL CENTRO EDITORIAL.

LO ROJO y LO AZUL
DE
BENJAMIN JARNES

Es este libro, una novela de corte moderno. Sin embargo, su modernismo lleva en el fondo un personaje viejo. Su autor, el joven novelista español Benjamín Jarnés, publica esta obra en 1931, conmemorando el centenario de la aparición de un famoso libro de Standhal: «Rojo y Negro».

Como en la novela de Standhal hay un personaje central ridículo y grandioso, atolondrado y triunfador, aquel Julián Sorel que coronó todos sus propósitos de grandeza, procediendo de la más ínfima condición social, y que acabó un día en la guillotina, así en este magnífico libro de Jarnés hallamos la personificación de un tipo interesante: un soldado, un quinto, que sueña con redimir su pueblo; un hombre que está en pugna constantemente con el medio en que vive; que protesta de todo y de todos; que se considera obligado a trabajar por un ensueño de libertad social El personaje de lo «ROJO Y LO AZUL», (este es el título de la obra que comentamos), nos trae a la memoria, con renovadas y agudas expresiones, a aquel Julián Sorel atrevido y descentrado. Este termina su vida luchadora en la guillotina, que ya es bastante para un hombre ambicioso; aquel, ni siquiera tiene el placer,—al ser descubierto un complot militar en que se hallaba inmiscuido—, de ser llevado a la cárcel, que es una tremenda tragedia para un héroe

La novela de Jarnés, antes que todo, es una serie de estudios psicológicos sumamente interesantes; estudios hechos, desde luego, sobre el terreno de la práctica: nuestra vida actual, llena de agitación, rebosantes de líderes bulliciosos, de héroes faranduleros que se desmayan de terror a la primera prueba! . . .

MINA EL MOZO

POR

MARTIN LUIS GUZMAN

Este escritor mejicano tiene ya asegurado su triunfo en el mundo de los libros. Su nombre es familiar en todos los centros literarios y sus obras son traducidas a diferentes idiomas. Aquí, en El Salvador, se le conoce, y cuando de él se habla, los conceptos abundan en torno de sus dos libros, que más se han leído y se leen en América: «El Aguila y la Serpiente», «Vámonos con Pancho Villa».

A los anaqueles de nuestra Biblioteca ha llegado un nuevo libro suyo, novedoso en el estilo e interesante en el fondo. Es la epopeya de un hombre donde se asoma el espíritu del apóstol de la libertad y de la justicia; es, en pocas palabras, el libro que nos ocupa, el resumen de una vida batalladora y ejemplar. «Mina el Mozo» se llama el libro de Martín Luis Guzmán, que motiva estas líneas.

Los jóvenes que han leído la Historia y que conocen algo de las luchas de Javier Mina por la Independencia de España y por la de México, bueno es que se acerquen a este libro donde campea una prosa limpia y ágil, al desenvolver la vida de un hombre, cuya obra está marcada con el sello del héroe. Y no sólo a los jóvenes corresponde este libro, también a los maestros de escuela al iniciar las lecturas estimulantes en los escolares.

Esperamos que «Mina el Mozo», por Martín Luis Guzmán, lo pidan nuestras librerías en provecho de la cultura nacional.

LA PAZ POR LA ESCUELA

POR

PIERRE BOVET

La Oficina Internacional de la Educación en Ginebra, en el afán de intensificar sus labores pedagógicas, celebró en Praga un Congreso de Maestros, integrado por verdaderos valores del magisterio europeo, en abril de 1927.

La mente del Congreso fué iniciar los métodos más prácticos para ir hacia la paz de Europa, destruida por la guerra mundial del año 14. Y en efecto, todas las observaciones y conferencias de los congresales, compiladas en un tomo de 192 páginas, cuyo título es el que inicia estas líneas, giran en torno de una sola creencia: en la escuela ha de finalizar la guerra a cambio de un espíritu de fraternidad universal.

Para los maestros de América tiene su interés la obra en cuestión. Nosotros recomendamos su lectura.

«LO ROJO Y LO AZUL», por Benjamín Jarnés; «MINA EL MOZO», por Martín Luis Guzmán; y «LA PAZ POR LA ESCUELA», por Pierre Bovet, han sido editados por la Casa Espasa Calpe S. A. Todos ellos son de interés y están bien presentados.

LOS GRAFICOS

POR

JOSE YARDO

«Es la obra que puede ahorrarle a Ud. una gran cantidad de trabajo o bien le ayudará a alcanzar una envidiable posición. Bien presentada, pulcramente impresa y redactada con una notable claridad y evidente espíritu práctico, por uno de los especialistas más eminentes. Cada capítulo va complementado con una serie extensa de modelos y ejemplos prácticos, siendo fácil comprender su trazado, capacitarse de como ha

de verificarse su estudio, comprender como intervienen en la organización de los negocios y, sobre todo, lograr de este procedimiento la plena eficacia y completa satisfacción».—La Editorial Cultura, en Barcelona, nos ofrece tan valioso libro.

* * *

Las obras que hoy anunciamos en las páginas del Boletín han ingresado a la Biblioteca Nacional. Pueden solicitarlas.

OBRAS RECIBIDAS COMO CANJE DURANTE LOS MESES DE JUNIO, JULIO Y AGOSTO DE 1932

«*Novena Carta Pastoral*», enviada por la Imprenta Funes & Ungo de San Salvador. 3 ejemplares.

«*Revista Luz y Verdad*», enviada por el Director don Roberto Martínez, 117 Adams Street, Brooklyn, N. U. S. A. 1 ejemplar.

«*Boletín de Minas y Petróleo*», enviado por el Ministerio de Industria de Colombia. 1 ejemplar.

«*Boletín de Agricultura*», Nos. 3 y 4, enviado por el Jefe de la Sección de Publicaciones. Bogotá, Colombia. 1 ejemplar.

«*Plantas Útiles de la República Mexicana*», por Maximino Martínez, enviado por su autor. México, D. F.

«*Revista del Instituto Nacional, General Francisco Menéndez*», No. 11 enviado por los Talleres Tipográficos del Ministerio de Instrucción Pública de El Salvador. 3 ejemplares.

«*Ejército de la República de Colombia, Escalafón de Actividad en lo de Enero de 1932*», enviado por el Ministerio de Guerra, Departamento de Personal. Bogotá, Colombia.

«*Boletín del Petróleo*», enviado por la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo. México, D. F.

«*Psicología Aplicada a la Educación*», por Carlos Monterrosa, en-

viado por la Imprenta San Luis de Ahuachapán. 3 ejemplares.

«*Sor Luz*». Novelita Corta, por José María Sapiña Beltrán, enviada por la Administración de la Revista Blanca. Barcelona. 1 ejemplar.

«*Revista Tegucigalpa*», enviada por Alejandro Castro, Director de la Revista. Tegucigalpa, Honduras. 1 ejemplar.

«*Diario de Centro América*», enviado por la Biblioteca Nacional de Guatemala. 14 números.

Recibidas de la Casa Editorial Lumen. México, D. F.

«*El Fuereño*», por J. Amaya. 1 ejemplar.

«*La Madre de Dios*», por J. Amaya. 1 ejemplar.

«*Carne de Cañón*», por M. Dávalos. 1 ejemplar.

«*La Navidad*», por Altamirano. 1 ejemplar.

«*La Silabización Inglesa*», por J. Amaya. 1 ejemplar.

«*Sor Juana Inés de la Cruz*», por Ezequiel A. Chávez. 1 ejemplar.

Recibidos de la Biblioteca Nacional de Bogotá

«*Revista de Higiene*» No. 6. Segunda época. 1 ejemplar.

«*La Salud de la América Española*», por Juan Terrán. 1 ejemplar.

«*Las Enseñanzas de Pacaric*», por Ernesto Morales. 1 ejemplar.

«*La Lengua de Martín Fierro*», por Eleuterio F. Tiscornia. 1 ejemplar.

«*Martín Fierro Comentado y Anotado*», por Eleuterio F. Tiscornia, Tomo III. 1 ejemplar.

«*Balada de la Cárcel de Readig*», por Oscar Wilde. 1 ejemplar.

«*Hacia la Luz*», lectura en puntos para los ciegos. 8 ejemplares.

«*Boletín de Estadística y Jurisprudencia*». 3 ejemplares.

«*Nicolás Avellaneda*», por Belisario J. Montero. 1 ejemplar.

«*Psicoterapia comparada y Psicogénesis*», por Jorge Thénon. 1 ejemplar.

«*Boletín de la Academia Nacional de Buenos Aires*». 1 ejemplar.

«*La Literatura Argentina Contemporánea*», 1900-1930. 1 ejemplar.

«*Cinco Estudios de Derecho Sucesorio*», por Juan Carlos Rébora y Carlos M. Grünberg. 1 ejemplar

Otros Canjes

•
«*Reglamento de la Biblioteca Nacional de Montevideo*», enviado por la Biblioteca Nacional del Uruguay. 1 ejemplar.

«*Boletín de Estadística de la República Oriental del Uruguay*», enviado por la Dirección General de Estadística,—Montevideo, Uruguay. 1 ejemplar.

«*Esmeralda*», Poemas, por Luis Mora Tovar,—enviado por José Palomares Quiroz. 2 ejemplares.

«*Filosofía, Filología, Historia, Ciencias Sociales, Economía Política, Jurisprudencia*»,—enviado por la Legación de El Salvador en México. 1 ejemplar.



• Catálogo General-Tomo III

SECCION ARGENTINA

(CONTINUACIÓN)

BIBLIOGRAFIA

Sarmiento (Nicanor): HISTORIA DEL LIBRO Y DE LAS BIBLIOTECAS ARGENTINAS. Buenos Aires. Imprenta Luis Veggia. 1930. (ilustrado)

5 5 25 1

SOCIOLOGIA EN GENERAL

Amadeo (Tomás): BOLETIN DEL MUSEO SOCIAL ARGENTINO. Año XIX, Abril—Junio de 1931. Buenos Aires

5 5 26 1

Amadeo (Tomás): MUSEO SOCIAL ARGENTINO, PRO INFANCIA DESVALIDA. Encuesta y Conclusiones. Buenos Aires, 1930

5 5 27 1

Bas (Arturo M.): LA PREVISION SOCIAL ARGENTINA. Buenos Aires. Sebastián de Amorrurtu. 1930

5 5 28 1

ESTADISTICA

Argentina (República): ESTADISTICA. (ANEXO A LA MEMORIA DEL MINISTERIO) Año 1928. Buenos Aires. Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional. 1929

5 5 29 1

CIENCIA POLITICA

Alberdi (Juau Bautista): ESTUDIOS SOBRE LA CONSTITUCION ARGENTINA DE 1853. Examen de la Constitución Provincial de Buenos Aires, sancionada en 1854. Buenos Aires. Librería de «El Ateneo». 1929

5 5 30 1

Alvarez (Juan): ESTUDIO SOBRE LA DESIGUALDAD Y LA PAZ. Buenos Aires. Cooperativa Editorial «Buenos Aires» 1927.

5 5 31 1

Carranza (Mario A.): LA CONSTITUCION Y EL REGIMEN FEDERAL. Segunda Edición, Buenos Aires. Viaud y Zona, Editores. 1928.	5	5	32	1
Estrada (José Manuel): LA POLITICA LIBERAL BAJO LA TIRANIA DE ROSAS. Buenos Aires. Librería «La Facultad», de Juan Roldán y Cía. 1927	5	5	33	1
Hidalgo (Ernesto) EL FUSTRADO CONGRESO LATINO-AMERICANO DE BUENOS AIRES. (A propósito del Viaje de la Delegación Mexicana) México. 1919	5	5	34	1
Laclau (Ernesto): FILOSOFIA POLITICA ARGENTINA. Buenos Aires. Ediciones de la Revista «Nosotros». 1921	5	5	35	1
Moreno Quintana (Lucio M): LA DIPLOMACIA DE YRIGOYEN. Relación Técnica, Objetiva y Documentada de la Política Internacional Argentina Durante el Período de Gobierno 1916-1922. La Plata. República Argentina, Editorial Inca. 1928	5	5	36	1
Quesada (Ernesto): LA DOCTRINA DRAGO, SU ESENCIA Y CONCEPTO AMPLIO Y CLARO. Buenos Aires. Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación. 1919.	5	5	37	1

ECONOMIA POLITICA

Hansen (Emilio): ACTUALIDADES MONETARIAS. El Redescuento, Conversión e Inconversión, el Oro en las Legaciones, la Reforma Monetaria. Buenos Aires. Librería de A. García Santos. 1930	5	5	38	1
Lestard (Gastón H.): EL CREDITO BANCARIO. Tecnicismo y Práctica del Descuento y Normas Científicas Para la Distribución de los Préstamos. Buenos Aires. Librería de Antonio García Santos. 1929.	5	5	39	1
Pedemonte (Gatardo C.): ESTADO ECONOMICO Y FINANCIERO DE LAS COMPANIAS ARGENTINAS DE SEGUROS. Informaciones. Notas Financieras. Reseñas Retrospectivas. Balances. Recopilación Comentada, Destinada a la Exposición Ibero Americana de Sevilla. Buenos Aires. Talleres Gráficos A. Pedemonte. 1929	5	5	40	1
Rodríguez Etchart (Carlos): FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES. INVESTIGACIONES DE SEMINARIO. Buenos Aires. Talleres Gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación. 1917	6	1	1	3

DERECHO—LEGISLACION

Arefiaña (Carlos de): MENORES ABANDONADAS Y DELINCUENTES. LEGISLACION E INSTITUCIONES EN EUROPA Y AMERICA. Buenos Aires. Librería y Editorial «La Facultad», de Juan Roldán y Cía. 1929.	6	1	2	1
Cafferata (Juan F.): LABOR PARLAMENTARIA 1912 - 1916 - 1920 - 1924 - 1924 - 1928. Buenos Aires. Imprenta y Encuadernación de la Honorable Cámara de Diputados. 1928	6	1	3	1
Moreno Quintana (Lucio M.): LAS DOCTRINAS DE LA LEGISLACION EXCLUSIVA EN EL DERECHO PUBLICO ARGENTINO. Buenos Aires. Publicación del Centro de Estudiantes de Derecho 1928	6	1	4	1
Pedemonte (Gatardo C.): JURISPRUDENCIA SOBRE ACCIDENTES DEL TRABAJO, SOCIEDADES ANONIMAS Y SEGUROS. RECOPIACION DE SENTENCIAS. Buenos Aires. 1929	6	1	5	1

ENSEÑANZA — EDUCACION

Palacios (Alfredo L.): ACCION UNIVERSITARIA. Carácter de la Enseñanza Secundaria. Los Exámenes. El Electoralismo Corruptor. En Defensa de los Egresados Argentinos. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1929.	6	1	6	1
---	---	---	---	---

*CIENCIAS PURAS**ASTRONOMIA*

Ricci (Clemente): LAS PICTOGRAFIAS DE LAS GRUTAS CORDOBESAS Y SU INTERPRETACION ASTRONOMICO-RELIGIOSA. Buenos Aires. Talleres, S. A. Casa Jacobo Penser, Ltda. 1930	6	1	7	1
---	---	---	---	---

FISICA

Pérez Carlevaro (C. M.): y Cortés Puente (Jose): TRABAJO PRACTICO DE FISICA APLICADA A LA FARMACIA, MEDICINA, BIOQUIMICA, INGENIERIA Y AGRONOMIA. Prólogo del Dr. Adolfo Elías. Contiene 259 Trabajos, 53 Tablas y 283 Grabados. Buenos Aires. Librería de A. García Santos. 1929.	6	1	8	1
--	---	---	---	---

ARQUEOLOGIA Y ETNOGRAFIA

Serrano (Antonio): ARQUEOLOGIA Y ETNOGRA-				
---	--	--	--	--

FIA ARGENTINAS. LOS PRIMITIVOS HABITANTES DEL TERRITORIO ARGENTINO. Buenos Aires. Librería y Editorial «La Facultad» de Juan Roldán y Cía. 1930 . . .

6 1 9 1

CIENCIAS APLICADAS

MEDICINA

(GENERALIDADES)

Battro (Antonio): SINDROME DE OCLUSION CORONARIA. Trabajo Correspondiente al Primer Año de Adscripción a la Cátedra de Clínica Médica. Buenos Aires. Librería «El Ateneo». 1930 . . .

6 1 10 1

Escudero (S.): LA HISTOLOGIA EN VISPÉRAS DE EXAMEN. Resumen de Histología. Buenos Aires. Ediciones «La Clínica» . . .

6 1 11 1

Garzón Maceda (Félix): TRATADO DE ZOO-FARMACIA. Buenos Aires. Librería «La Facultad» de Juan Roldán y Cía. 1923 . . .

6 1 12 1

Greenway (Diego Francisco): ZOOPARASITOS Y ZOOPARASITOSIS HUMANA. 2a. Edición. Buenos Aires. Librería Científica y Literaria «El Ateneo». 1929.

6 1 13 1

Miravent (Juan M.): ETIOLOGIA, INMUNIDAD PROFILAXIS Y TRATAMIENTO ESPECIFICO DE LA ESCARLATINA. Buenos Aires. Librería Científica y Literaria «El Ateneo». 1929

6 1 14 1

Posadas (Alejandro): OBRAS COMPLETAS. Editadas con motivo del 25o. Aniversario de su Muerte, por el Instituto de Clínica Quirúrgica. Prólogo de José Arce. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1928

6 1 15 1

Surra Canard (Rodolfo): LA LITIASIS URETRAL. Buenos Aires. Librería Científica y Literaria «El Ateneo». 1929

6 1 16 1

Varela (Manuel Enrique): LAS MEFROPATIAS. De Acuerdo con las Últimas Investigaciones. Buenos Aires. Librería Científica y Literaria. «El Ateneo». 1927

6 1 17 1

ENSAYOS — CRONICAS — ESTUDIOS

Caillet-Bois (Ricardo R.): ENSAYO SOBRE EL RIO DE LA PLATA Y LA REVOLUCION FRANCESA. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1929

6 1 18 1

Carranza (Mario): IDEALES Y CARÁCTERES.

Buenos Aires. Balder Moen, Editor. 1924 .	6	1	19	1
Charras (Julio de): LA PATRIA EN MARCHA. Hombres — Glorias — Ideales. Buenos Aires. Editorial «Minerva». 1926	6	1	20	1
Estrada (José Manuel de): LA IGLESIA Y EL ESTADO Y OTROS ENSAYOS POLITICOS Y DE CRITICA LITERARIA. Prólogo de • Rodolfo Rivarola. Buenos Aires. Librería Científica y Literaria «El Ateneo». 1929 . . .	6	1	21	1
López (Vicente F.): LA NOVIA DEL HEREJE O LA INQUISICION DE LIMA. Buenos Aires. La Cultura Argentina. 1917	6	1	22	1
Pérez (Cambio): LOS HUMILLADOS. Buenos Aires. J. Samet, Editor	6	1	23	1
Ricci (Clemente): ENSAYO SOBRE VIRGILIO. Buenos Aires. Talleres S. A. Casa Jacobo Peuser, Ltda. 1931	6	1	24	1
Ripamonte (Carlos P.): VIDA. Causas y Efec- tos de la Evolución Artística Argentina. Los Ultimos 30 Años. Buenos Aires. M. Clei- ser, Editor. 1930	6	1	25	1
Torre Revello (José): LA VIRGEN DEL BUEN AIRE. Buenos Aires. Talleres S. A. Casa Jacobo Peuser. Ltda. 1931.	6	1	26	1

ORATORIA

Zavalía (Clodomiro): DISCURSOS ACADEMI- COS. (Tomo II en 2 Partes): 1911-1921. Buenos Aires. Facultad de Derecho y Cien- cias Sociales. 1921	6	1	27	2
---	---	---	----	---

HISTORIA

(GENERALIDADES)

Beverina (Capitán Juan): CASEROS. (3 DE FEBRERO DE 1852). ESTUDIO HISTORI- CO MILITAR DE LAS CAMPAÑAS DE 1851-52. Varese (Italia). Establectmiento Cromo-Tipográfico de Amadeo Nicola y Com- pañía	6	1	28	1
Frías (Bernardo): TRADICIONES HISTORICAS. (República Argentina). Buenos Aires. Li- brería y Editorial «La Facultad». 1929	6	1	29	1
Gandía (Enrique de): HISTORIA CRITICA DE DE LOS MITOS DE LA CONQUISTA AME- RICANA. Buenos Aires. Juan Roldán y Com- pañía, Editores	6	1	30	1
López (Vicente F.): EVOCAIONES HISTORI- CAS. AUTOBIOGRAFIA—LA GRAN SE- MANA DE 1810—EL CONFLICTO Y LA				

ENTREVISTA DE GUAYAQUIL. Buenos Aires. Librería Científica y Literaria «El Ate-neo». 1929	6	1	31	1
Monserrat (Gabriel): EL POEMA DEL HIMNO NACIONAL ARGENTINO. Estudio Histórico y Crítico. Buenos Aires. Librería del «Co-legio». 1932	6	1	32	1
Ornstein (Leopoldo R.): LA CAMPAÑA DE LOS ANDES A LA LUZ DE LAS DOCTRI-NAS DE GUERRA MODERNAS. Buenos Aires. Talleres Gráficos del Colegio Militar. 1929	6	1	33	2
Torre Revello (José): EL ARCHIVO GENERAL DE INDIAS DE SEVILLA. HISTORIA Y CLASIFICACION DE SUS FONDOS. Bue-nos Aires. Talleres S. A. Casa Jacobo Peu-ser, Ltda. 1929	6	1	34	1

BIOGRAFIA

Cantilo (José M.): LA FAMILIA QUILLANGO. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1929	6	1	35	1
Furlong Cardiff S. A. (P Guillermo): EL PA-DRE JOSE QUIROGA. Buenos Aires. Ta-lleres S. A. Casa Jacobo Peuser, Ltda. 1930. 6	6	1	36	1
Furlong Cardiff S. A. (P. Guillermo): LA PER-SONALIDAD Y LA OBRA DE TOMAS FALK-NER. Buenos Aires. Talleres S. A. Casa Jacobo Peuser, Ltda . 1929	6	1	37	1

SECCION CENTROAMERICANA

GUATEMALA (CONTINUACION)

CIENCIA POLITICA

ARBITRAJE DE LOS LIMITES ENTRE GUA-TEMALA Y HONDURAS: ALEGATO Y ANEXOS. Presentado por Guatemala Ante el Tribunal de Arbitraje Integrado por los Honorables Señores: Charles Evans Hughes, Presidente de la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos de América; Dr. Luis Castro Ureña, de Costa Rica; y Honorable Emilio Dello Codesido, de Chile, Bajo las Es-tipulaciones del Tratado de 16 de Julio de 1930. Washington, Febrero de 1932	6	1	38	2
GUATEMALA -HONDURAS BOUNDARY ARBI-TRARION: THE CASE OF GUATEMALA				

AND ANEXES. Submitted To The Arbitral Tribunal Composed Of: The Hon: Charles Evans Huges, Chief Justice Of The United States Of America; Hon. Emilio Bello Codecido; From Chile, Under Treaty Of July 16, 1930. Washington. February. 1929	6	1	39	2
Rodríguez Beteta (Virgilio): LA MENTALIDAD				
• COLONIAL. IDEOLOGIAS DE LA INDEPENDENCIA. Doctrinas Políticas y Económico-Sociales. París. Editorial París — América. 1926	6	1	40	1
DERECHO				
OBRAS GENERALES				
Mora (Carlos Federico): MANUAL DE MEDICINA FORENSE. Guatemala. Tipografía Nacional. Agosto de 1931	6	1	41	1
ADMINISTRACION CENTRAL				
Toro Ramírez (Guillermo): MEMORIA DE LAS LABORES DEL EJECUTIVO EN EL RAMO DE RELACIONES EXTERIORES. Durante el Año Administrativo de 1930. Presentado a la Asamblea Legislativa en sus Sesiones Ordinarias de 1931. Guatemala. Tipografía Nacional. 1931	6	1	42	1
CIENCIA MILITAR				
Guatemala (República de): LECTURAS MILITARES. Obra Compilada y Ordenada por el Ministerio de la Guerra, Para uso Exclusivo del Ejército Nacional. Guatemala. Tipografía Nacional. 1929	6	1	43	1
CIENCIAS APLICADAS				
• MEDICINA				
(GENERALIDADES)				
Hurtado (Luis E.): MANUAL DE BACTERIOLOGIA MEDICA. Primera Edición. Guatemala. Tipografía Sánchez y de Guise. 1928	6	1	44	1
Mora (Francisco): EL MEDICO Y LA ESCUELA. Nociones de Medicina Escolar. Guatemala, C. A. Tipografía Sánchez y de Guise. 1926	6	1	45	1

LITERATURA

POESIA CASTELLANA

Vega B. (J. Luis): ALCORES DE QUETZAL. Santa Ana. El Salvador, C. A. Tipografía Comercial. 1930.	6	1	46	1
Ximénez (Xavier de): ESFUMES DE OPALO. Sonetos y Epístolas. Editados por Ayestas y Compañía. Guatemala, Talleres Tipográficos de García y Cía. 1931	6	1	47	1

ENSAYOS — CRONICAS — ESTUDIOS

Juárez Muñoz (J. Fernando): NUESTROS PROBLEMAS. Apuntes del Ambiente. Guatemala, C. A. Tipografía Nacional. 1926 . . .	6	1	48	1
Rey Soto (Antonio): ESTAMPAS GUATEMALTECAS. Libro Editado Especialmente para Ser Repartido en la Exposición de Sevilla. Guatemala, C. A. Tipografía Nacional. 1929.	6	1	49	1
Valle (Rafael): LA ALEGRIA DE PRODUCIR. Segovia. Tipografía «El Adelanto». 1924.	6	1	50	1

ORATORIA

Asturias (Francisco): BELICE. Discurso. Guatemala, C. A. 1925	6	1	51	1
---	---	---	----	---

GEOGRAFIA FISICA

Comisión de Límites (Publicaciones de la): CARTOGRAFIA DE LA AMERICA CENTRAL. Guatemala, C. A. Tipografía Nacional, Diciembre de 1929	6	1	52	1
Comisión de Límites (Publicaciones de la): LÍMITES ENTRE GUATEMALA Y HONDURAS. Algunos Documentos Presentados en las Conferencias de Cuyamel. 1928. Guatemala, C. A. Tipografía Nacional. 1928 . .	6	1	53	1
Comisión de Límites (Publicaciones de la): LÍMITES ENTRE GUATEMALA Y HONDURAS. Documentos Relacionados con la Mediación del Departamento de Estado de los Estados Unidos, en 1918-1919. 1928. Guatemala, C. A. Tipografía Nacional. 1928. .	6	1	54	2

HONDURAS

(CONTINUACION)

ADMINISTRACION CENTRAL

Ochoa Velásquez (José María): MEMORIA DE				
--	--	--	--	--

GUERRA, MARINA Y AVIACION. Presentada al Congreso Nacional, 1930-1931. Tegucigalpa (Honduras). Tipografía Nacional. 1932	6	1	55	1
--	---	---	----	---

ENSEÑANZA — EDUCACION

Hernández (Angel G.): NUESTRA REFORMA EDUCACIONAL. Tegucigalpa (Honduras). Tipo.—Lito.—Foto. y Encuadernación Nacionales. 1931	6	1	56	1
Morazán (Miguel): LA ESCUELA DEL PORVENIR. Complemento del Informe del Delegado de la Segunda Convención Internacional de Maestros. Tegucigalpa (Honduras), Tipografía Nacional. 1930	6	1	57	1

LITERATURA

POESIA

Herrera (Martha Josefina): EL DELENTAL LLENO DE ROSAS. Tegucigalpa (Honduras). Tipo-Litografía Nacional. 1927	6	1	58	1
---	---	---	----	---

ENSAYOS—CRONICAS Y ESTUDIOS

Este (Sigfrido de): ANTEROCULO. Comayagüela (Honduras) Imprenta «El Sol». 1930. . .	6	1	59	1
Martínez López (E.): AL MARGEN DE CENTRO AMERICA. Tegucigalpa (Honduras). Tipografía Nacional. 1931	6	1	60	1
Mejía Nieto (Arturo): RELATOS NATIVOS. Tegucigalpa (Honduras). Tipografía Nacional. 1929	6	1	61	1
Navarro h. (Miguel): LECTURAS NACIONALES. Tegucigalpa (Honduras). Tipografía Nacional. 1931	6	1	62	1
Sáenz (Vicente): CARTAS A MORAZAN. Comayagüela (Honduras). Imprenta «El Sol». 1922	6	1	63	1
Zúñiga (Luis Andrés): EL BANQUETE. Tegucigalpa (Honduras). Tipo-Litografía Nacionales. 1920	6	1	64	1

GEOGRAFIA FISICA

Estudios Territoriales (Oficina): FRONTERAS DE HONDURAS. Límites con Guatemala. Español e Inglés. No. 3, tomo 1o. Agosto a Diciembre de 1929. Tegucigalpa (Honduras). Tipografía Nacional.	6	2	1	1
--	---	---	---	---

BIOGRAFIA

Bertrand Anduray (M.): IN MEMORIAM. DR. PAULINO VALLADARES. Príncipe del Periodismo Centro-Americano. Estadista—Político—Diplomático. Tegucigalpa (Honduras). Tipo-Litografía Nacional. 1927	6	2	2	1 •
Martínez López (E.): BIOGRAFIA DEL GENERAL FRANCISCO MORAZAN. Segunda Edición. Notablemente aumentada. Tegucigalpa (Honduras). Tipografía Nacional. 1931	6	2	3	1

NICARAGUA

(CONTINUACION)

SOCIOLOGIA EN GENERAL

Moncada (José María): EL IDEAL CIUDADANO. San José de Costa Rica, A. C. Imprenta María v. de Lines. 1922.	6	2	4	1
---	---	---	---	---

ENSEÑANZA — EDUCACION

Moncada (José María): EDUCACION, TRABAJO Y CIENCIA. Método de Enseñanza Integral. Managua, Nicaragua, C. A. Tipografía Nacional. 1929.	6	2	5	1
--	---	---	---	---

LITERATURA

POESIA CASTELLANA

Denis de Icaza (Amelia): HOJAS SECAS. León, Nicaragua. C. A. Talleres Gráficos «Robelo». 1927	6	2	6	1
López (Francisco José): y Pineda Salazar (C. A.): ALBA LITERARIA. Antología de los ex-Alumnos y Alumnos del Instituto Pedagógico de Varones. Managua, Nicaragua. C. A. Talleres Gráficos de Carmen J. Pérez e Hijos. 1927	6	2	7	1

ENSAYOS

Debayle (Luis H.): LUZ Y AMOR. Reflexiones y Pensamientos para mis Hijos. Tegucigalpa, Honduras. C. A. Tipo-Litografía Nacional. 1932	6	2	8	1
---	---	---	---	---

COSTA RICA

(CONTINUACION)

CIENCIA POLITICA

Costa Rica (República de): COLECCION DE TRATADOS. Contiene Solamente los Tratados Vigentes en la Fecha del 31 de Diciembre de 1926. San José de Costa Rica. C. A. Imprenta—Librería y Encuadernación «Alsina». 1927	6	2	9
---	---	---	---

ECONOMIA POLITICA

Congreso Constitucional: DICTAMEN DE LA COMISION DE HACIENDA, REFERENTE A LOS PROYECTOS DEL PODER EJECUTIVO SOBRE TRIBUTACION. San José, Costa Rica. Tipografía Nacional. 1916. . .	6	2	10
Costa Rica (República de): EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA AL CONGRESO CONSTITUCIONAL. Mensaje Sobre la Reforma Tributaria San José. Costa Rica. Imprenta Nacional. 1916	6	2	11
Hacienda (Secretaría de): EXPOSICION Y PROYECTO DE LEY PARA LA CREACION DE UNA SECCION HIPOTECARIA ANEXA AL BANCO INTERNACIONAL. San José, Costa Rica. Imprenta Nacional. 1916	6	2	12
González (Alfredo): UNA CONVERSACION CON EL PUEBLO. San José, Costa Rica. Imprenta Nacional. 1916	6	2	13

(Continuará)

Estadística de lectores durante el mes de julio de 1

		A DOMICILIO	
Ciencias	759	Ciencias	
Literatura	695	Literatura	
Historia	125	Historia	
Resumen	1579	Resumen	
		Resumen en total	

TALLER DE ENCUADERNACION
- - - D E - - -

JOSE MARIA AGOSTA

ACREDITADA POR LA PERFECCION Y NITIDEZ EN LA EJECUCION DE LAS
OBRAS QUE SE LE ENCOMIENDAN, YA SEA TRABAJOS DE FANTASIA, LIBROS
DE CONTABILIDAD, CARTAPACIOS, CAJAS DE CARTON, ESTUCHES, ETC., ETC.

===== DIRECCION: 4a. CALLE PONIENTE, No. 68. =====

SUMARIO

	PÁGINA
1 Notas editoriales	1
2 Tragedia, por Alberto Masferrer	3
3 Tiene sus símbolos el alma salvadoreña? por Raúl Andino	5
4 Poemas, por José Valdés	8
5 Vitrinas, por Serafín Quiteño	10
6 Antirrealismo en Pintura, por Luis Alfredo Cáceres	11
7 El Profesor Lardé, por José Gómez Campos	13
8 A la deriva, por Carlos Bustamante	14
9 Carta de amor a la ramera, por Alberto Guerra Trigueros	15
10 Mitología de Cuscatlán, por Miguel Angel Espino	19
11 Libros nuevos, por Francisco Morán.....	23
12 Toño Salazar, por Salvador Cañas... ..	24
13 Llamas Latinas, por Salvador Martínez Figueroa.	26
14 Charleston, por Gilberto González y Contreras ..	27
15 La Molienda, por Arturo Ambrogí	30
16 Lectura de los clásicos	37
17 Obras valiosas de la Biblioteca Nacional de El Salvador....	38
18 Listas de los clásicos españoles	39
19 Organización bibliotecaria de Guatemala	40
20 Noticias de libros	42
21 Lista de canjes	45
22 Catálogo-Tomo 111	47
23 Estadística de lectores	47

